



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

La Cooperación Internacional al Desarrollo en África

*La realidad sobre las iniciativas de ayuda y un estudio de caso
de Live Aid (1985) y Live 8 (2005).*

Estudiante: Santiago López de Toledo Soler
Director: Prof. Pablo Gilolmo Lobo

Madrid, abril 2025

Declaración de Uso de Herramientas de Inteligencia Artificial Generativa en Trabajos Fin de Grado

ADVERTENCIA: Desde la Universidad consideramos que ChatGPT u otras herramientas similares son herramientas muy útiles en la vida académica, aunque su uso queda siempre bajo la responsabilidad del alumno, puesto que las respuestas que proporciona pueden no ser veraces. En este sentido, NO está permitido su uso en la elaboración del Trabajo fin de Grado para generar código porque estas herramientas no son fiables en esa tarea. Aunque el código funcione, no hay garantías de que metodológicamente sea correcto, y es altamente probable que no lo sea.

Por la presente, yo, Santiago López de Toledo Soler, estudiante de E6 Analytics de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado "La Cooperación Internacional al Desarrollo en África", declaro que he utilizado la herramienta de Inteligencia Artificial Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. Crítico: Para encontrar contra-argumentos a una tesis específica que pretendo defender.
2. Referencias: Usado conjuntamente con otras herramientas, como Science, para identificar referencias preliminares que luego he contrastado y validado.
3. Metodólogo: Para descubrir métodos aplicables a problemas específicos de investigación.
4. Corrector de estilo literario y de lenguaje: Para mejorar la calidad lingüística y estilística del texto.
5. Sintetizador y divulgador de libros complicados: Para resumir y comprender literatura compleja.
6. Revisor: Para recibir sugerencias sobre cómo mejorar y perfeccionar el trabajo con diferentes niveles de exigencia.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 22 de abril de 2025

Firma:



Resumen

Este trabajo analiza críticamente la cooperación occidental al desarrollo hacia África, cuestionando sus motivaciones, sus resultados reales y las narrativas que la sostienen. Aunque muchas de estas iniciativas han estado impulsadas por buenas intenciones, la evidencia muestra que han reforzado en muchos casos dinámicas de dependencia, paternalismo y simbolismo vacío, más centradas en la imagen y la emoción que en el impacto real. A través del análisis de eventos como *Live Aid* (1985) y *Live 8* (2005), se muestra cómo incluso las campañas más mediáticas, diseñadas en nombre de la solidaridad, pueden terminar ignorando a los propios destinatarios, excluyéndolos del proceso de toma de decisiones y reforzando discursos simplistas sobre “salvadores” y “salvados”.

El enfoque teórico se apoya en tres teorías de las relaciones internacionales: el realismo, el liberalismo y el constructivismo. Mientras que el realismo ayuda a entender el interés estratégico detrás de muchas ayudas, el liberalismo ofrece herramientas institucionales para la cooperación, y el constructivismo permite analizar las narrativas culturales que determinan qué países son considerados merecedores de ayuda y cuáles no. La persistencia de dinámicas de dependencia y paternalismo en estas relaciones demuestra que, más allá de los marcos teóricos, existe una estructura simbólica y práctica que sigue reproduciendo jerarquías globales.

Este trabajo no pretende rechazar el sistema global actual, sino evidenciar sus contradicciones y límites, reconociendo que la influencia, el poder y el dinero son fuerzas estructurales del orden internacional. El objetivo es promover un enfoque más horizontal y colaborativo, donde África deje de ser objeto de ayuda para convertirse en sujeto activo de su propio desarrollo. Para lograrlo, es imprescindible cuestionar no solo las políticas, sino también los discursos que las legitiman.

Abstract

This paper offers a critical analysis of Western development cooperation towards Africa, questioning its motivations, actual outcomes, and the narratives that sustain it. While many of these initiatives have been driven by good intentions, evidence shows that they have often reinforced dependency dynamics, paternalism, and symbolic gestures focused more on image and emotion than on real impact. By examining media-driven events such as *Live Aid* (1985) and *Live 8* (2005), the paper illustrates how even the most publicized campaigns can end up excluding recipients from the decision-making process, perpetuating simplistic narratives of “saviors” and “saved.”

The theoretical framework is based on three major schools of international relations: realism, liberalism, and constructivism. Realism explains the strategic interests behind many aid programs; liberalism provides institutional tools for cooperation; and constructivism examines how cultural narratives determine which countries are considered worthy of aid and which are not. The persistence of dependency and paternalistic dynamics in these relationships demonstrates that, beyond theoretical approaches, there is a symbolic and practical structure that continues to reproduce global hierarchies.

This research does not aim to reject the current global system but to expose its contradictions and limitations, acknowledging that power, influence, and money are structural forces of the international order. The goal is to promote a more horizontal and collaborative approach in which Africa is no longer the passive object of aid, but an active subject in its own development. Achieving this requires questioning not only the policies, but also the narratives that justify them

Palabras clave

Cooperación, desarrollo, dependencia, paternalismo, ayuda, mercantilización, *Live Aid*, *Live 8*.

Keywords

Cooperation, development, dependency, paternalism, aid, commodification, *Live Aid*, *Live 8*.

Índice

1. Introducción.....	6
1.1. Metodología y objetivos.	9
2. Estado de la cuestión y marco teórico.....	11
2.1. Teorías de cooperación internacional y su relación con la cooperación en África	11
2.1.1. Realismo: Intereses de poder y cooperación.....	12
2.1.2. Liberalismo: Instituciones y trabajo conjunto.....	15
2.1.3. Constructivismo: Narrativas y Discursos en la Cooperación	18
2.2. Iniciativas públicas y privadas	20
2.2.1. Iniciativas públicas	21
2.2.2. Iniciativas privadas	22
3. Dinámicas de dependencia y paternalismo.....	24
4. La mercantilización de la ayuda internacional, causa del paternalismo occidental	30
5. Estudio de caso. Live Aid y Live 8: iniciativas de cooperación al desarrollo. Efectos y controversias.	33
5.1. Live Aid 1985: Cuando la música hizo historia — nacimiento, éxito y controversias del primer gran evento solidario.	33
5.2. Live 8 (2005): Diferentes objetivos, mismos errores	40
6. Conclusiones.....	43
7. Bibliografía	47

1. Introducción

La cooperación occidental hacia África ha sido una constante en la política exterior de los países desarrollados desde la descolonización del continente, tras la Segunda Guerra Mundial en la década de los años sesenta. Tras lograr su independencia, el continente y las naciones africanas se han enfrentado a diversos desafíos económicos, sociales y políticos, como la crisis económica de Ghana en los años sesenta, la hambruna en Etiopía en los ochenta o la guerra civil de Sudán y Sudán del Sur en 2011 (Abrahamsen, 2016). A través de diversas iniciativas públicas y privadas, los países occidentales han destinado recursos con el fin de impulsar el desarrollo económico, social y político en África a modo de respuesta, para tratar de combatir la pobreza, mejorar las infraestructuras y fortalecer las instituciones africanas (Ariso Segura, 2021). Sin embargo, algunas de estas acciones han sido objeto de escrutinio por parte de analistas, académicos y activistas. David Sogge, un destacado crítico de la ayuda internacional señala que "la ayuda se presenta como un acto altruista, pero muchas veces refuerza las desigualdades existentes y responde a los intereses de los donantes" (Sogge, 2002). Este trabajo analizará la relación entre Occidente y África a través de programas de cooperación, prestando especial atención a los obstáculos y desafíos que han limitado los resultados de estas iniciativas.

Uno de los casos más emblemáticos de ayuda humanitaria es el *Live Aid*, un evento mediático organizado en 1985 por el músico Bob Geldof que buscó recaudar fondos para combatir el hambre en Etiopía en los años 80. Aquel fue un concierto histórico retransmitido en directo desde Londres y Filadelfia y logró movilizar a millones de personas consiguiendo una recaudación total de 127 millones de dólares (Biccum, 2007). En 2005, Bob Geldof organizó otro evento similar, bautizado como *Live 8*, con el objetivo de presionar a los líderes del G8, un grupo formado por las 8 economías industrializadas más grandes del planeta, a elaborar un plan de aumento de presupuesto destinado a la ayuda en África y la lucha contra la pobreza.

Aunque ambas iniciativas fueron aclamadas como un éxito por su alcance global y su capacidad de movilización, el impacto real de esta iniciativa y las críticas que surgieron posteriormente cuestionan la efectividad de tales campañas (Biccum, 2007). Issa Shivji (2007), en *Silences in NGO Discourse: The Role and Future of NGOs in Africa*, comenta que estos eventos,

en ocasiones, fomentan la perpetuación de una narrativa paternalista y simplista, que presentan al continente africano como dependiente de Occidente. Este trabajo utilizará el caso de ambos eventos como ejemplo para explorar las complejidades de la cooperación occidental y evaluar críticamente si iniciativas como *Live Aid* y *Live 8*, tal y como se implementaron, son efectivas para promover el bienestar del continente africano. Aunque estas campañas lograron movilizar recursos significativos y concienciar a nivel global sobre las crisis humanitarias, también plantean interrogantes sobre su impacto a largo plazo, como su capacidad para abordar las causas estructurales de los problemas en África y la integridad de aquellas instituciones o individuos que las organizan. Este análisis buscará un equilibrio entre reconocer los logros alcanzados y cuestionar las narrativas y enfoques utilizados, con el objetivo de valorar si estas iniciativas realmente contribuyen al desarrollo sostenible o si perpetúan dinámicas de dependencia y paternalismo.

La relevancia de este trabajo reside en el intento de ofrecer una visión pragmática sobre las numerosas ayudas que Occidente ha destinado a África a lo largo de las últimas décadas. En muchos casos, no basta con promover una iniciativa y presentarla al mundo como un acto de solidaridad; es fundamental que estas acciones cuenten con mecanismos claros de monitorización y de fondos e instituciones reguladoras que garanticen que las ayudas llegan a las manos correctas y generan un impacto positivo real. Este análisis no solo se limitará a evaluar el alcance de las iniciativas, sino que profundizará en sus efectos a largo plazo, valorando si realmente han sido beneficiosas o si, por el contrario, han contribuido a perpetuar problemas como la dependencia africana de Occidente, la ineficiencia o la corrupción. Un ejemplo controvertido de estas dinámicas es el caso del *dumping* de ropa, donde la ayuda aparentemente altruista ha sido señalada por su impacto negativo en los mercados locales y las economías de los países africanos. No obstante, analizaré este caso posteriormente (Arabi, 2015).

Análisis críticos, como los de Issa Shivji y otros, sostienen que muchas de estas iniciativas Occidentales, incluidas aquellas que son promovidas por ONGs, no solo buscan brindar asistencia, sino que también consolidan una influencia externa significativa sobre las políticas de los países africanos, en línea con los intereses de los donantes más que con los de los receptores (Shivji, 2007). Sin embargo, existen dos caras de esta misma moneda. Aunque este tipo de influencia puede

ser interpretada como una herramienta de control, no necesariamente debe verse como algo completamente negativo. África es un continente inmensamente rico en recursos naturales como minerales y petróleo. Gracias a ello, dispone de una baza importante de cara a relaciones con otros estados del planeta, y una relación más equilibrada con Occidente, basada en el respeto mutuo y la cooperación, podría permitir a las naciones africanas ganar mayor influencia y mejorar dicho poder de negociación en el escenario global.

No obstante, cabe mencionar que no todas las iniciativas de ayuda resultan en fracaso a largo plazo, ni deben ser calificadas como “interesadas” o “paternalistas”. Existen casos en los que dichas iniciativas han presentado una mejora de la calidad de vida de la sociedad africana, como puede la situación de organizaciones como GAVI, la Alianza para las Vacunas, cuyas acciones ayudaron a reducir la tasa de mortalidad infantil en el continente facilitando el acceso inmunizaciones esenciales (GAVI, 2020).

La otra cara de la moneda que mencionaba anteriormente no se limita a las críticas hacia las iniciativas de cooperación, sino que también considera que una colaboración con Occidente, aun cuando implique influencias e intereses externos, no tiene por qué ser necesariamente negativa. África, como un continente rico en recursos y con un gran potencial de desarrollo, puede beneficiarse de una relación más estrecha y estratégica con las naciones occidentales. Sin embargo, el verdadero desafío radica en encontrar un método de implementación balanceado que priorice el bienestar de las comunidades africanas mientras se permite a ambas partes obtener beneficios prácticos. Este enfoque busca evitar la dependencia y el paternalismo, promoviendo en su lugar un modelo de cooperación que combine sostenibilidad y autonomía para los países africanos. Como señala Moyo (2009), "una relación bien estructurada entre los países donantes y los receptores puede fomentar tanto el desarrollo económico como el fortalecimiento de las capacidades locales".

Esta doble cara, marcada por los éxitos y limitaciones de las iniciativas occidentales, es precisamente lo que será analizado en este TFG. El objetivo es ofrecer una visión equilibrada y objetiva basada en el estudio de caso del *Live Aid* y *Live 8*, explorando hasta qué punto estas estrategias realmente promueven el desarrollo sostenible en África o si, en cambio, perpetúan las dinámicas de dependencia y desigualdad que buscan combatir.

1.1. Metodología y objetivos.

El desarrollo de este trabajo se estructura en secciones clave basadas en un análisis cualitativo y un estudio de caso. Se utiliza un enfoque deductivo comenzando con la revisión del marco teórico de las principales teorías de las Relaciones Internacionales (realismo, liberalismo y constructivismo) aplicadas al contexto de la cooperación internacional al desarrollo en África. Se abordan también distintos tipos de iniciativas, privadas o públicas, evaluando sus enfoques y funcionamiento, así como los desafíos y limitaciones a las que se enfrentan. A continuación, y utilizando el marco teórico como base, se han analizado las dinámicas de paternalismo y dependencia que se han establecido entre África y Occidente a raíz de iniciativas de ayuda que han tenido un efecto contrario al intencionado. Se hará hincapié en la narrativa que dichas ayudas generan hacia África y se analizará si estamos cayendo en el paternalismo y por qué (Mutua, 2001). Se revisarán documentos oficiales y literatura académica, como el análisis de Shivji, que explica cómo, a veces, estas iniciativas se centran más en intereses de terceros que en objetivos altruistas. Como causa de lo anterior, se ha desarrollado una sección que describe la mercantilización de la ayuda a África como una herramienta de “marketing” que ha crecido en tendencia en las últimas décadas. En este contexto, se dedicará especial atención posteriormente al estudio de caso del *Live Aid* y *Live 8*, un ejemplo emblemático que permitirá reflexionar sobre la efectividad y las complejidades de estas campañas, cuestionando si realmente contribuyen al bienestar del continente africano o perpetúan dinámicas de dependencia y desigualdad. Este enfoque crítico buscará ofrecer una visión equilibrada, identificando tanto las lecciones aprendidas como las oportunidades para un modelo de cooperación más efectivo y sostenible. Para este estudio de caso, se ha tenido en cuenta el impacto mediático generado, la organización del evento y las críticas sobre su efectividad para abordar el problema en cuestión.

Los objetivos de este trabajo se han sintetizado de la siguiente manera:

- Objetivo general: Analizar críticamente las iniciativas occidentales de cooperación internacional al desarrollo en África, identificando sus logros, limitaciones y consecuencias a largo plazo.

- Objetivos específicos:

1. Revisar y contrastar las principales teorías de las Relaciones Internacionales aplicadas a la cooperación internacional.
2. Examinar las dinámicas de paternalismo y dependencia de las iniciativas occidentales hacia África.
3. Evaluar el fenómeno de la mercantilización de la ayuda internacional, utilizando los casos específicos de *Live Aid* y *Live 8* como referencia crítica.

2. Estado de la cuestión y marco teórico

El marco teórico de este trabajo proporcionará una base fundamentada para el análisis y las conclusiones, estructurándose en cuatro ejes principales. En primer lugar, se abordarán las teorías de cooperación internacional y su relación con la cooperación en África, permitiendo contextualizar los distintos enfoques en los que se fundamenta la ayuda al desarrollo. A continuación, se analizarán los distintos tipos de iniciativas de cooperación internacional (privada o pública), seguido de un análisis de las dinámicas de dependencia y paternalismo, definiendo dichos conceptos y estudiando cómo se han desarrollado en el contexto actual. Por último, se desarrollará la industrialización y mercantilización que se ha llevado a cabo en el ámbito de las ayudas a la cooperación, estudiando como en ocasiones la cooperación internacional ha sido transformada en un producto mediático, y el efecto que esto conlleva en la efectividad de las iniciativas de ayuda.

2.1. Teorías de cooperación internacional y su relación con la cooperación en África

Desde la *Paz de Westfalia* en 1648, que marcó el inicio del sistema estatal moderno, han surgido diversas teorías que buscan explicar el comportamiento y la cooperación entre los estados. A lo largo de la historia, estas teorías han influido significativamente en la manera en que el mundo ha sido interpretado, aunque su predominancia ha variado con el tiempo. Los estados y las sociedades evolucionan (o involucionan), y con ellos las teorías que guían sus interacciones, adaptándose a los cambios económicos, políticos y tecnológicos. No obstante, existen tres enfoques fundamentales que han marcado de forma duradera el estudio de las relaciones internacionales. Estas teorías, aunque no son recientes, han sentado las bases para el desarrollo de nuevas vertientes a lo largo de las diferentes revoluciones industriales y tecnológicas. En este contexto, resulta relevante analizar cómo estas teorías han influido en distintos ámbitos, incluyendo la cooperación internacional, particularmente en la relación entre Occidente y África.

2.1.1. Realismo: Intereses de poder y cooperación

El realismo, como una de las teorías fundamentales de las relaciones internacionales, parte de la idea de que el sistema internacional se caracteriza por la anarquía, es decir, la ausencia de una autoridad central que regule el comportamiento de los estados. Este enfoque, con raíces en los trabajos de pensadores como Maquiavelo y Hobbes, considera que los estados actúan en un entorno competitivo donde la búsqueda de poder y seguridad es prioritaria. Maquiavelo, en *El Príncipe*¹ ya subrayó en el siglo XVI la importancia del poder y la astucia para mantener la estabilidad política, mientras que Hobbes, en *Leviatán*², describió el estado de naturaleza como una "guerra de todos contra todos", argumentando que sólo un poder central fuerte podría imponer orden y evitar el caos. No obstante, en el ámbito internacional no existe un Leviatán que regule a los estados, razón por la cual los realistas concluyen que, como consecuencia, la anarquía persiste en el escenario internacional.

Esta visión fue formalizada como teoría en el siglo XX, con autores como Hans Morgenthau y Kenneth Waltz, quienes definieron el realismo clásico y el neorrealismo respectivamente. Morgenthau (1948) argumentó que la política internacional está guiada por el interés nacional definido en términos de poder, mientras que Waltz (1979) introdujo el concepto de la estructura del sistema internacional, en el que los estados compiten por maximizar su posición relativa. Es decir, lo que estos dos autores argumentan es que el estado moderno ve a su entorno como una constante posible amenaza, construyendo un escenario internacional inherentemente hostil en el que predominan y sobreviven aquellos que tienen una posición de poder consolidada con respecto al resto. A nivel nacional o estatal, el ciudadano tiene, o se supone que debe tener, una figura de poder clara establecida en su gobierno. Hay una ley y una serie de normas al que el ciudadano debe atenerse, según el realismo, por sumisión a dicho gobierno y miedo a consecuencias o represalias. En el ámbito internacional esta figura no existe, por lo que reina la anarquía y supervivencia del más fuerte (Waltz, 1979).

¹ Versión consultada en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

² Versión consultada en la edición recuperado de insumisos.com

Según esta perspectiva, la anarquía internacional no solo fomenta la competencia entre estados, sino que también obliga a cada uno a priorizar su propia seguridad y supervivencia. Como Korab-Karpowicz (2010) insinúa, el realismo sostiene que las relaciones internacionales están impulsadas por la lucha por el poder entre los estados, lo que refleja la naturaleza conflictiva del sistema internacional. En este contexto, los estados son los principales actores, considerados entidades racionales que actúan de acuerdo con sus propios intereses. El realismo rechaza la posibilidad de un orden internacional regido por normas universales o la existencia de un poder central eficaz, como el que Hobbes concebía en el ámbito doméstico. Incluso con la creación de instituciones como las Naciones Unidas, desde el realismo se sostiene que estas estructuras son instrumentos utilizados por las grandes potencias para consolidar su hegemonía, como evidencia el poder de veto en el Consejo de Seguridad Naciones Unidas. Esta lógica refuerza la idea de que, en última instancia, las dinámicas internacionales están determinadas por la capacidad de los estados para ejercer poder en un sistema competitivo y anárquico, lo cual, como se podrá suponer, deja a los países africanos en una situación de debilidad.

Pero antes de centrarnos en el caso de África, es importante diferenciar la cooperación internacional como un concepto concreto dentro de las teorías de las relaciones internacionales. El realismo interpreta el esquema y la dinámica del sistema global desde la perspectiva, un tanto pesimista, ya descrita. La cooperación al desarrollo, sin embargo, se enfoca en los mecanismos, partiendo desde el realismo, que buscan reducir desigualdades y fomentar el crecimiento. Así, desde esta teoría, la cooperación internacional se percibe única y exclusivamente como herramienta por parte de los estados para adquirir más poder e influencia, a la vez que se alcanzan o cumplen sus intereses particulares. Bajo este paradigma, todo estado es egoísta y hará todo lo que esté en su poder para mejorar su posición, su influencia y su seguridad con respecto al resto de la comunidad internacional, y la cooperación internacional no es una excepción, sino una herramienta que cuando deja de ser útil, deja de utilizarse. De hecho, muchos países a lo largo de la historia se han “auto aislado” del resto del mundo tras haber pasado por etapas de cooperación (no necesariamente para el desarrollo) como es el caso de Japón, durante el período de *Sakoku*, China tras las Guerras del Opio en el S. XIX, o Corea del Norte desde el S. XX. En el momento en el que la cooperación se convierte en una puerta que abre la posibilidad a futuras amenazas en vez de un atajo hacia una posición de más poder, el estado deja de hacer uso de ella (Totman,

1993). Desde el realismo se argumenta que las iniciativas cooperación internacional más influyentes, como aquellas lideradas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Mundial, no son más que un mecanismo para aumentar las relaciones de dependencia política y económica de otras naciones.

Esta visión influye en la interpretación de las iniciativas de cooperación hacia el continente africano. Un ejemplo temprano de esta dinámica es la Conferencia de Berlín a finales del siglo XIX, en la cual las mayores potencias europeas se dividieron el continente africano para explotar los recursos que allí se hallaban, potenciando su influencia y extendiendo su presencia hacia el sur. No obstante, en esa época, la idea del reparto del continente africano se excusaba como una misión civilizatoria, en la cual Occidente estaría “prestando un servicio” a la sociedad africana. Siguiendo esta lógica de control y dependencia, en las décadas de 1980 y 1990, algunos autores argumentan que los Programas de Ajuste Estructural del FMI y del Banco Mundial reforzaron estas relaciones desiguales, aumentando la dependencia de los estados africanos hacia Occidente (Arabi, 2015). Basándose en lo anterior, numerosas iniciativas de ayuda y cooperación pueden interpretarse como un intento de Occidente para ejercer una mayor influencia en África con dinámicas que se extienden desde los inicios del conocido como *nuevo imperialismo* (Harvey, 2004) hasta hoy en día.

Desde la perspectiva realista, la cooperación hacia África ha sido más un mecanismo de control y dependencia que una estrategia de desarrollo genuina. Se puede argumentar que a través de los programas que hemos mencionado del FMI o del Banco Mundial, Occidente solamente refuerza una posición de poder ante otras regiones y frente al continente africano, siendo el bienestar y desarrollo del continente un objetivo de menor importancia. En cuanto a los casos específicos que tratará el presente trabajo, el *Live Aid* y *Live 8*, a pesar de que fueron iniciativas privadas, lideradas por Bob Geldof en 1985 y 2005, su impacto puede analizarse desde la perspectiva de su interacción con los intereses estratégicos y narrativas promovidas por los estados, como se detallará posteriormente.

En conclusión, el realismo proporciona una perspectiva clave para entender cómo la cooperación internacional es utilizada como una herramienta estratégica por los estados para

maximizar su poder e influencia en el sistema internacional. Bajo este enfoque, la cooperación no es un acto altruista, sino un medio para alcanzar intereses particulares, especialmente en regiones estratégicas como África. Como se analizará más adelante, el caso de Live Aid refleja muchas de estas dinámicas. La narrativa de Occidente como salvador y la movilización mediática global reforzaron la legitimidad y la influencia moral de las potencias occidentales, incluso en un contexto de acción humanitaria (Biccum, 2007). Esto subraya cómo, incluso en iniciativas privadas de cooperación, prevalece la lógica del poder y el interés nacional, destacando las limitaciones de estas estrategias para abordar los problemas estructurales del continente africano.

2.1.2. Liberalismo: Instituciones y trabajo conjunto

El liberalismo tiene sus raíces teóricas en pensadores como Immanuel Kant, quien en su obra *La Paz Perpetua*³, argumentó que la interdependencia entre estados y la creación de instituciones internacionales son factores clave para reducir la guerra y fomentar la cooperación (Kant, 1999). Por lo tanto, en contraste con el realismo, el liberalismo sostiene que el estado necesita de otros estados para obtener máximo beneficio. Esta teoría se basa en que el escenario internacional no es un “juego de suma cero”, donde todo lo que gana un estado lo pierde otro, sino que es un “juego de suma positiva”, en el cual hay más de un beneficiado. Durante el siglo XX, el liberalismo empezó a cobrar más importancia gracias a personajes como Woodrow Wilson, presidente de los estados Unidos de 1913 a 1921, que fundó la Sociedad de Naciones tras los conflictos aparentemente resueltos entre estados tras la Primera Guerra Mundial. Autores posteriores, como Robert Keohane o Joseph Nye, desarrollaron la teoría de la interdependencia compleja entre estados, argumentando que la política internacional no se reduce a una lucha constante por el poder (Keohane y Nye, 1973).

Desde esta perspectiva, las instituciones son clave para regular las relaciones entre estados y suavizar las tensiones entre ellos. Según Keohane (1984), estas instituciones incluso pueden tener personalidad jurídica propia, actuando como intermediarias para facilitar compromisos entre estados. Ejemplos claros de estas instituciones son las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, que permiten cooperación y trabajo conjunto. El liberalismo

³ Versión consultada: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

también destaca el rol crucial que tienen las organizaciones no gubernamentales (ONGs) y corporaciones transnacionales, que pueden actuar de forma independiente o colaborativa con otros estados, facilitando cooperación más allá del ámbito estatal (Slaughter, 2004).

Al aplicar este enfoque a la cooperación internacional al desarrollo, se puede concluir que el liberalismo ha sido el origen clave del nacimiento de varias iniciativas de fortalecimiento democrático institucional, tanto en Occidente como en otras regiones del mundo, con el objetivo de asegurar una reducción de la pobreza y de mejorar la infraestructura de aquellos países que siguen en vías de desarrollo. El eje central sobre el que pivota la teoría del liberalismo es la importancia de las instituciones y su correcto funcionamiento para crear y mantener relaciones de cooperación y respeto entre estados que, desde una perspectiva realista, serían “enemigos”. El aumento de instituciones promotoras de paz de los últimos setenta años ha dado resultado. Si bien seguimos siendo testigos de conflictos armados en diferentes regiones del planeta, es gracias al robusto sistema institucional internacional que no hemos vuelto a vivir, por ahora, un conflicto ni remotamente similar al de la Primera o la Segunda Guerra Mundial en términos de devastación, número de actores y víctimas, lo que para algunos es en sí una victoria inmensa.

Existen programas como la iniciativa para los Países Pobres muy Endeudados (HIPC, por sus siglas en inglés) que han reducido deudas para permitir a gobiernos, incluyendo los de algunos países de África, que destinen parte de su presupuesto en innovación y educación (World Bank, 2001). Además, programas a largo plazo como la Agenda 2063 de la Unión Africana (UA) es un claro ejemplo de cómo los principios liberales han cobrado importancia en el plan a futuro de instituciones internacionales. Estos esfuerzos reflejan la creencia en las bases de la teoría del liberalismo, teniendo como objetivo el promover la estabilidad y el crecimiento sostenible de las naciones menos favorecidas, geográfica e históricamente.

No obstante, como ya se ha mencionado antes, el liberalismo ha sido objeto de críticas debido al gran peso que pone en la voluntad de los propios estados para llevar a cabo estos objetivos. La fuente de conflicto más importante la encontramos en la influencia desigual de las grandes potencias en organismos como las Naciones Unidas, donde sólo unos pocos tienen el poder de vetar acciones que podrían resolver conflictos armados en el Consejo de Seguridad de dicha institución. Joseph Stiglitz (2017) sostiene que organizaciones como el Banco Mundial o el FMI,

a pesar de su retórica de cooperación, han promovido políticas de cooperación al desarrollo que a menudo favorecen a dichas grandes potencias y perjudican a aquellos países menos desarrollados, profundizando las relaciones de dependencia de estos países hacia las grandes potencias. El sector humanitario ha crecido de manera exponencial, generando una red de instituciones, entidades y particulares que operan bajo principios de mercado, donde naturalmente, el beneficio propio juega un papel central. Autores como John Jingu (2017) han criticado este enfoque, alegando que la ayuda internacional se ha convertido en un “mercado de la miseria”, donde las decisiones no siempre sirven al necesitado, sino a intereses financieros y políticos. Por ejemplo, el FMI ha sido gravemente criticado desde que lanzó sus programas de ajuste estructural que popularmente se conocían como de “ayuda condicionada”. Estos programas ponían unas condiciones económicas para que los destinatarios pudiesen estar cualificados para recibirlas. Sin embargo, las condiciones eran en muchos casos inalcanzables para ciertos países, lo que provocó que muchos se endeudasen gravemente, casi siempre con Occidente, generando dependencia económica. A modo de solución, se crearon programas alternativos de alivio de la deuda, para solventar los problemas que las anteriores iniciativas habían generado, perpetuando un círculo vicioso en el que el país en cuestión no podrá salir de un continuo endeudamiento (Mayer y Mourmouras, 2005).

La globalización, por otra parte, ha intensificado el problema de la dependencia económica en el presente, lo que genera tanto oportunidades como amenazas a los países en vías de desarrollo. Por un lado, la integración de los mercados internacionales ha crecido exponencialmente, lo que abre la puerta a inversión extranjera en comunidades locales, fomentando el comercio, la producción y el crecimiento de la receptora, pero esta globalización económica también provoca que no todas las naciones ni todos los mercados sean integrados de manera equitativa o igualitaria. Stiglitz (2017) argumenta que, debido a esta globalización, algunos países han desarrollado una dependencia económica por parte de estos inversores extranjeros, especialmente del sector primario, lo que en algunos casos está limitando el crecimiento y desarrollo de estas naciones.

África, como no podía ser de otra manera, ha sido uno de los principales receptores de estas ayudas o iniciativas con el objetivo aparente de aumentar el potencial económico del continente. Las iniciativas de la ONU o diversas ONGs han buscado abordar problemas como la hambruna, la pobreza extrema, la estabilidad política y el acceso a educación. Sin embargo, el impacto de estas iniciativas ha sido desigual. A pesar de que algunas de éstas sí han conseguido, en cierta medida,

mejorar las condiciones desfavorables por las que fueron creadas, otras únicamente han añadido a estos problemas, generando relaciones de dependencia, como puede ser el caso del *dumping* como respuesta a la crisis en diversos países africanos, en donde, en vez de solucionarse la crisis, los “beneficiados” quedaron sujetos de una dependencia extrema de la ropa que les era suministrada desde Occidente. De hecho, según autores como Verheye (2000), al inicio del nuevo siglo, África es más dependiente de la ayuda proveniente de Occidente que el siglo pasado. El resultado de este análisis es que ya sea por su falta de sostenibilidad o por el refuerzo de relaciones de dependencia, estas iniciativas justificadas desde el liberalismo han probado ser, en muchas ocasiones, perjudiciales para los más débiles (Easterly y Pfutze, 2008).

En síntesis, el liberalismo sostiene que la cooperación internacional puede generar desarrollo sostenible a través del desarrollo institucional y del fortalecimiento de las relaciones entre estados. Es una perspectiva más optimista comparada con el realismo, alegando que el estado no tiene por qué ser egoísta por naturaleza, estableciendo un marco internacional como un “juego de suma positiva”. La cooperación, a través del entramado institucional, no es más que la representación del liberalismo en la práctica. Sin embargo, esta teoría también muestra claramente sus debilidades, sobre todo cuando estas instituciones son dominadas por intereses de los más poderosos. Por tanto, la cooperación internacional bajo el liberalismo es ambivalente: ofrece posibilidades reales de crecimiento y estabilidad, pero también puede perpetuar relaciones de dependencia y desigualdad.

2.1.3. Constructivismo: Narrativas y Discursos en la Cooperación

El constructivismo como teoría de las RR. II. surgió de manera formal en el siglo XX como respuesta a las dos teorías dominantes ya descritas (realismo y liberalismo). Mientras que una pone el foco en el poder material, y otra lo pone en las instituciones internacionales, el constructivismo lo pone en las ideas, normas y discursos en la configuración del orden global. Alexander Wendt, politólogo estadounidense, escribió una obra llamada “*La Anarquía es lo que los estados Hacen de Ella*”. Es decir, que el fundamento del orden internacional no es inmutable, sino una construcción social (o más bien estatal) determinada por sus propios actores (Wendt, 1992). Es una teoría que, comparada con las otras dos, se podría describir como más “personal/emocional”. Es decir, desde el punto de vista constructivista, la identidad y los valores

compartidos entre los estados son factores *cruciales* que moldean la manera en que se configura el escenario internacional, al igual que la manera en que estos estados perciben a otros. Es más, cada uno de estos estados percibe a otros de manera distinta según la situación de cada uno. Según Finnemore y Sikkink (1998), las normas internacionales evolucionan a través de este proceso de “socialización” en el cual se adoptan prácticas y comportamientos acorde con las percepciones de cada estado. Esta teoría explica el por qué algunos discursos cobran más importancia en unos estados y en otros no (Finnemore y Sikkink, 1998). Esto se traduce en que el poder del discurso cobra más fuerza en el constructivismo que en otras teorías, y, necesariamente, afecta a las políticas de cooperación.

La cooperación desde el constructivismo tiene su pilar en el poder del discurso y control de la narrativa. A nivel estatal es más sencillo ver el poder que el discurso tiene sobre una población. Se han visto numerosos casos de tergiversación de una noticia o exageración de un problema que moldea la opinión pública. Cuando esta dinámica se extrapola al ámbito internacional, vemos cómo ciertos estados comparten narrativas similares que determinan su grado de cooperación. Por ejemplo, el cambio climático genera narrativas distintas según cada estado: en la Unión Europea ha provocado múltiples reformas normativas porque todos sus estados Miembros comparten la percepción de que es una crisis inmediata y priorizan políticas de desarrollo sostenible; en cambio, durante la presidencia de Donald Trump en estados Unidos, la narrativa sobre la gravedad del cambio climático no tuvo tanto peso, limitando significativamente la cooperación entre ambos actores en este ámbito. Sin embargo, un ejemplo todavía más relevante sobre cómo los discursos afectan la cooperación internacional al desarrollo es la narrativa del “Tercer Mundo”, popularizada en la segunda mitad del siglo XX. Este concepto agrupaba a los países en desarrollo como un bloque homogéneo de naciones subdesarrolladas y atrasadas, lo que legitimó programas de ayuda internacional que, en lugar de fomentar el desarrollo autónomo, reforzaron la dependencia de estos países hacia Occidente. Chimamanda Ngozi Adichie, en una ponencia para TED, explicaba el peligro inherente detrás de esta narrativa paternalista occidental y destacaba que el problema fundamental radica en que muchos todavía la aceptan y realmente creen que están ayudando, sin comprender los efectos negativos que conlleva esta perspectiva (Adichie, 2009).

En el caso de África, las representaciones globales del continente han sido dominadas por narrativas que lo describen como una región dependiente, en crisis permanente y necesitada de salvación externa (Chouliaraki, 2012). Este marco discursivo no solo condiciona la percepción pública, sino que también moldea la forma en que los estados y organizaciones internacionales formulan sus programas de cooperación y asistencia. La cooperación vista desde el constructivismo no es un mecanismo institucional-estructural o una simple herramienta de poder. Es un proceso profundamente influenciado por las ideas y discursos que dominan en el contexto de cada estado. Los intereses de los estados no están basados en condiciones materiales o de poder, sino en la identidad colectiva y en los valores que comparten con otros estados. De esta manera, la narrativa que Occidente se ha construido del continente africano condiciona la manera en la que se diseñan e implementan las iniciativas de cooperación hacia África (Adichie, 2009).

El constructivismo explica cómo las narrativas dominantes han condicionado la cooperación internacional en África, priorizando respuestas inmediatas como la ayuda humanitaria en lugar de estrategias sostenibles que fortalezcan la autonomía económica y política del continente (Biccum, 2007). Un ejemplo es la crisis del Ébola en África Occidental (2014-2016), donde los medios internacionales enfatizaron el pánico global y la necesidad de intervención externa, lo que llevó a priorizar la acción de ONGs y actores internacionales en vez de fortalecer las infraestructuras sanitarias locales. Sin embargo, esta teoría también muestra que estas narrativas pueden ser transformadas. Iniciativas como la Agenda 2063 de la Unión Africana buscan redefinir el desarrollo del continente desde una perspectiva interna, promoviendo la autosuficiencia y la integración regional, no solo reforzando la confianza en el papel de las instituciones desde una perspectiva liberal, sino también, desde un punto de vista constructivista, desafiando los discursos tradicionales que presentan a África como un mero receptor de ayuda (UNIR, s.f.).

2.2. Iniciativas públicas y privadas

El desarrollo económico y social ha sido abordado desde distintos frentes, y es importante conocer las diferencias fundamentales de cada uno de ellos. Las iniciativas al desarrollo o iniciativas económicas se diferencian, en esencia, según de dónde vengan los fondos destinados a

la iniciativa en cuestión: fondos públicos (recaudados a través de impuestos, mayoritariamente), o fondos privados (de entidades particulares no gubernamentales o individuos). Con el objetivo de relacionarlo más adelante con el caso del *Live Aid* y África, hay primero que definir y diferenciar bien estos distintos tipos de iniciativas.

2.2.1. Iniciativas públicas

Son el tipo de iniciativa más común en la ayuda al desarrollo dentro de las relaciones entre estados. Estas iniciativas están lideradas por gobiernos e instituciones que buscan fomentar el desarrollo a través de asistencia técnica, financiamiento de proyectos y reformas institucionales. Los fondos destinados a estas iniciativas provienen de la recaudación fiscal y/o de aportaciones voluntarias de los estados donantes o de los Estados Miembros de las instituciones que gestionan la ayuda.

La AOD (Ayuda Oficial al Desarrollo) es el principal mecanismo oficial mediante el cual los estados donantes y las organizaciones internacionales canalizan sus recursos y asistencia hacia países en vía de desarrollo con el objetivo de fomentar el crecimiento económico y social, además de reducir la pobreza. Mediante las AODs, los estados comprometen anualmente una parte de su presupuesto a objetivos de desarrollo en otras regiones del mundo. Un ejemplo reciente es el Plan Director de la Cooperación Española para el Desarrollo Sostenible y la Solidaridad Global 2024-2027. Este plan elaborado por el Gobierno de España en conjunto con la Unión Europea se compromete a destinar el 0.7% del PIB español a AOD, dirigido especialmente a estados africanos (Ministerio de Asuntos Exteriores, 2024).

Iniciativas públicas como las AOD, han servido en muchos casos para mejorar las condiciones de los destinatarios, proporcionando personal técnico en dichos países, ayuda económica y recursos educativos y materiales. A menudo, los fondos destinados a estas iniciativas, aunque iniciadas desde el sector público, son gestionados por entidades privadas o no gubernamentales, como ONGs, las cuales cuentan con redes de canalización de dinero y contactos ya asentadas y establecidas. A pesar de ello, estos fondos deben gestionarse siempre de acuerdo con la agenda establecida por las instituciones públicas, además de seguirse un proceso de

fiscalización llevado a cabo por el sector público. No obstante, existe el riesgo de que estos países caigan en una relación de dependencia con los donantes que serán descritas en la siguiente sección. El mayor desafío a la hora de asegurar que estas iniciativas prosperen es el monitoreo de la correcta aplicación de estas ayudas. Hay una clara falta de control una vez la ayuda es recibida por el destinatario que a menudo desemboca en casos de desvío de fondos o corrupción, reduciendo la eficacia de las ayudas. Si no se ataja dicho problema, las AODs, o cualquier iniciativa, seguirán fomentando estas estructuras burocráticas ineficientes (UNIR, s.f.).

2.2.2. Iniciativas privadas

Las iniciativas privadas al desarrollo son aquellas que, a diferencia de las públicas, están impulsadas y financiadas por entidades que ni pertenecen a una organización gubernamental ni adquieren sus fondos gracias a recaudaciones fiscales o impuestos. Son iniciativas llevadas a cabo por entidades particulares o individuos que dependen de inversión privada directa, aunque están enfocadas en objetivos similares, llevado a cabo mediante inversiones, donaciones o proyectos de responsabilidad social corporativa. Debido a que no están sujetas al entramado burocrático característico del sector público, estas iniciativas son en muchas ocasiones más eficientes, pero menos abundantes que las de carácter público. Aun así, el sector privado cada vez se muestra más presente en la cooperación al desarrollo, ya sea por razones de intereses particulares de la entidad o individuo en cuestión, o porque en un mundo cada vez más globalizado, la demanda de proyectos socialmente sostenibles y la importancia de la imagen empresarial hacia la sociedad está creciendo (Bjorvatn, Kind y Nordås, 2001). Las iniciativas privadas que más efecto han tenido sobre el estado receptor son aquellas que vienen por parte de la filantropía internacional. Es decir, actores o entidades privadas de alto nivel adquisitivo que destinan parte de su capital a campañas de desarrollo, de manera, teóricamente, desinteresada.

Iniciativas como el *Live Aid* representan claramente la filantropía internacional, una forma directa y privada de cooperación al desarrollo. El evento, organizado por celebridades y empresas privadas en 1985 y relanzado en 2005, movilizó recursos privados para ayudar en la crisis humanitaria en Etiopía, canalizando estos fondos principalmente a través de ONGs y agencias humanitarias locales (Biccum, 2007). Este tipo de iniciativas, aunque privadas y aparentemente

desinteresadas, cumplen un papel esencial dentro de la cooperación internacional al desarrollo por movilizar rápidamente recursos y atención hacia problemas humanitarios críticos, sin depender directamente de estructuras gubernamentales. El dinero recaudado fue canalizado y gestionado a través de ONGs y agencias humanitarias que operaban en la región de Etiopía (estado receptor en el caso del evento de 1985). De esa manera, ni los organizadores (Bob Geldof y otros) ni los fondos tuvieron que pasar por estructuras gubernamentales (Biccum, 2007).

Además de la filantropía internacional, existen otros tipos de cooperación de carácter privado, como puede ser la Inversión Extranjera Directa (IED). Aunque no es *técnicamente* un tipo de cooperación al desarrollo, la inversión por parte de entidades privadas (mayoritariamente empresas) en países en vías de desarrollo puede fomentar el crecimiento económico y laboral del país receptor (Ajayi, 2006). Además, numerosas empresas tienen programas de Responsabilidad Social Corporativa (RSC) que destinan fondos a iniciativas de cooperación al desarrollo, como parte de la política de RSC de la propia empresa. Un ejemplo claro es el de IKEA Foundation, que ha dedicado más de mil millones de euros a programas de desarrollo tanto en Asia como en África (IKEA Foundation, s.f.).

Estas iniciativas, cuando son usadas de manera correcta y monitorizadas, han demostrado ser útiles para fomentar el desarrollo. No obstante, muchas de ellas, lejos de fomentar el desarrollo de manera sostenible, han perpetuado dinámicas de dependencia especialmente hacia los estados que suministran dichas ayudas.

3. *Dinámicas de dependencia y paternalismo*

La aplicación práctica de las teorías mencionadas anteriormente ha conducido a que gran parte de la población de Occidente se crea la narrativa de la “historia única” de la que hablaba Chimmamanda Ngozi, donde África es descrita como un continente que no puede sostenerse y es el deber de Occidente sustentarlo. De hecho, en ocasiones ocurre sin que seamos plenamente conscientes de que estamos contribuyendo a perpetuar esta narrativa errónea. Es este discurso el que está detrás de la actitud paternalista de Occidente y el que fomenta relaciones de dependencia para las naciones africanas. Sin embargo, es conveniente antes de desarrollar esta idea, definir qué exactamente es el paternalismo y las dinámicas de dependencia en este ámbito.

El *paternalismo* en las Relaciones Internacionales se refiere a una actitud que el estado o institución donante toma con respecto al beneficiario (las naciones africanas en este caso) que refleja cierta arrogancia. Es decir, se toman decisiones sobre el desarrollo de estas naciones africanas sin la plena participación de las propias porque desde Occidente (en este caso), “saben mejor” lo que necesita África que sus propias instituciones o estados (Toro Nader, 2023). Las *dinámicas de dependencia* de África hacia Occidente son el fenómeno socioeconómico que naturalmente sucede cuando la narrativa paternalista predomina. En otras palabras, son una consecuencia de lo anterior. Desarrollada por autores como Gunder Frank en 1967, aunque en su caso se refería a América Latina, las *dinámicas de dependencia* consisten en una relación asimétrica severa entre el país donante y el receptor. Esto aplica de la misma manera para el continente africano. Provoca que el receptor sea cada vez menos autosuficiente y necesite de más donaciones del donante en cuestión (en este caso Occidente). Esta relación puede parecer que consiste en el fuerte ayudando al débil, pero no puede estar más lejos de la realidad. Lo único que estas dinámicas consiguen es perpetuar las estructuras económicas y políticas desiguales que causan y alimentan la dependencia (Frank, 1967).

Es necesario comprender cómo se llega a esta situación de dependencia para poder aterrizarlo en el caso concreto de África. No ha sido un proceso ni sencillo ni inmediato, sino que viene propiciado por una serie de factores y mecanismos que han desembocado en esta tendencia. Como se ha dado a entender anteriormente, muchos de estos factores y mecanismos son comunes

en otras relaciones de dependencia que se dan en otras partes del mundo, lo que me permite identificar causas clave para el desarrollo de estas dinámicas. En primer lugar, es inevitable retomar la historia del colonialismo. El colonialismo ha jugado un papel determinante durante siglos, ya que muchas de las regiones que hoy en día se encuentran en relaciones de dependencia han sido objeto de explotación colonial en el pasado (África, América Latina o el Sureste Asiático son algunos ejemplos). Esto se debe a que las potencias coloniales impusieron sus propios sistemas sociales y económicos en sus colonias, diseñados para servir a los intereses de dichas potencias y a menudo ignorando un sistema de desarrollo más beneficioso para la propia colonia (Ariso Segura, 2021). Incluso tras los procesos de independencia colonial, especialmente en la década de los setenta, estas estructuras han perdurado, dificultando la autosuficiencia y el desarrollo autónomo. Es importante destacar que el discurso paternalista descrito anteriormente es el legitimador de que estas estructuras se perpetúen. Desde Occidente, el discurso de que ciertos países necesitan ser “rescatados” o “guiados” hacia el desarrollo ignora las capacidades locales y su crecimiento, reforzando la creencia de que no pueden progresar sin ayuda externa.

Otro factor clave y común en estas relaciones de dependencia es la falta de un imperio de la ley bien definido y arraigado en las naciones receptoras. El imperio de la ley, o *Estado de Derecho*, es un principio democrático fundamental. Cuando el imperio de la ley es fuerte, todos los ciudadanos, entidades públicas y privadas, incluido el propio estado, están sometidos a unas leyes públicas, muchas veces en forma de Constitución, a la que todos deben responder por igual y con independencia de su estado social y/o económico. En palabras más simples, en un Estado de Derecho, nadie está por encima de la ley (Almonacid-Almarza, 2023). Sin embargo, es cuando este Estado de Derecho es débil en una nación, que vemos más casos de dependencia hacia otras potencias. El razonamiento lógico detrás de esta idea es simple: con un bajo imperio de la ley, emerge la corrupción, ejercida por aquellos individuos que se encuentran en posiciones de poder en sus respectivos estados, y que hacen lo que sea necesario para mantener ese *status quo*. Esto afecta de manera directa a la relación con otros estados y a la falta de desarrollo local.

Un ejemplo claro de esta falta de imperio de la ley es el de Guinea Ecuatorial. Teodoro Obiang Nguema, el actual Jefe de Estado del país, ha estado en el cargo desde 1979, convirtiéndose en el líder con más tiempo en el cargo en África. Nguema ha sido acusado de manipular el sistema

legal, opresión de la población y controlar de manera ilegítima el aparato judicial de Guinea Ecuatorial. De hecho, según Freedom House, que proporciona un índice ampliamente reconocido y aceptado sobre la libertad de cada nación del mundo, califica a Guinea Ecuatorial con un cinco sobre cien, denominándolo así un país que *no es libre* (Freedom House, 2024). Pues bien, Guinea Ecuatorial es un país rico en petróleo y que ha recibido numerosas ayudas, tanto públicas como privadas, por parte de Occidente. Dejando a un lado la intención de los donantes, que ya hemos discutido anteriormente, la realidad es que éstas no han beneficiado a la población civil, y han sido usadas para fortalecer la élite gobernante y enriquecer a su círculo cercano (véase, por ejemplo, Human Rights Watch, 2009, sobre Guinea Ecuatorial, donde se evidencia cómo los ingresos petroleros no se han traducido en mejoras económicas para la población ni en avances en derechos humanos). A modo más general, la razón por lo que esto ocurre en muchos de los países víctimas de estas relaciones de dependencia, es que una población más desarrollada, con más recursos, educación y cultura, es una población que es cada vez menos sumisa, lo que pone en peligro que el poder de las élites se perpetúe (Yates, 2017).

En suma, dinámicas de dependencia no pueden ser atribuidas únicamente a una de las partes. Tanto los países donantes como los receptores tienen su cuota de responsabilidad en la perpetuación de estas relaciones desiguales. Por un lado, Occidente ha promovido un discurso paternalista que justifica su intervención y ha diseñado esquemas de ayuda que, en muchos casos, terminan reforzando la dependencia en lugar de fomentar el desarrollo autónomo, provocado, quizás, por su historia colonialista. Por otro lado, las élites gobernantes de muchos países receptores han utilizado estos recursos en beneficio propio, consolidando sistemas autoritarios y frenando el progreso de sus sociedades. En última instancia, la combinación de ambos factores ha generado un ciclo vicioso en el que la ayuda internacional, lejos de ser una solución, muchas veces se convierte en un mecanismo de control que mantiene intactas las estructuras de poder y perpetúa la desigualdad (Moyo, 2009). En cualquier caso, las dinámicas de poder y dependencia que hemos analizado no son meramente económicas o políticas, sino que también están profundamente arraigadas en la forma en que Occidente cuenta su historia sobre África. Esta “historia única” ha justificado intervenciones paternalistas y ha ignorado alternativas que permitirían un desarrollo verdaderamente autónomo (Adichie, 2009).

Un ejemplo son los numerosos programas de donaciones de ropa hacia África desde Estados Unidos y Europa. Durante las décadas de 1980 y 1990, estas iniciativas, promovidas por diversas ONG, ganaron notable popularidad debido al crecimiento exponencial de medios de comunicación como la televisión y la radio. La creciente cobertura mediática permitió a la población occidental ser más consciente, en tiempo real, de las situaciones que ocurrían en otras partes del mundo. Esta mayor conciencia social e indignación ante las injusticias en África motivó a muchos en Occidente a contribuir a estas causas, lo que facilitó la actuación de ONG y otras entidades en dichas iniciativas (Brooks, 2015). No obstante, lo que empieza como un intento de mejorar la situación humanitaria en algunos países africanos termina afectando negativamente su economía. Es el caso de países como Kenia, Nigeria, Ghana, Ruanda o Uganda, donde la industria textil se ha visto gravemente afectada por la llegada masiva de ropa usada desde Occidente. Estas prendas, donadas gratuitamente, acaban en los mercados locales a precios muy bajos, haciendo que los productos fabricados en el país no puedan competir. En Kenia, por ejemplo, la ropa de segunda mano es conocida como *Mitumba* (que significa “fardos de ropa” en suajili). Los *Mitumba* han hecho que muchas fábricas textiles cierren, ya que los trabajadores locales no pueden competir con los precios tan bajos de la ropa donada. Los vendedores, al no haber pagado nada por estas prendas, pueden venderlas casi regaladas, asegurando más ventas y dejando a las fábricas sin demanda. Como resultado, miles de personas han perdido su trabajo, debilitando aún más la economía de estos países (KIPPRA, 2017).

Los países africanos son conscientes de la situación, por lo que recientemente se han puesto en marcha estrategias para limitar y mitigar el efecto del dumping de prendas y así fomentar la industria local y sus fabricantes. *British Broadcasting Corporation* (BBC) ha llevado a cabo un seguimiento informado y meticuloso de este problema en África. Según dicho reportaje, algunas naciones africanas como Kenia o Ghana han visto reducida en un 92% la cantidad de trabajos en la industria textil desde la liberalización del mercado en la década de los ochenta (BBC News Mundo, 2018). Como respuesta a Occidente, Ruanda se impuso al recientemente re-elegido presidente de Estados Unidos, Donald Trump, en 2016, anunciando que subirían el arancel al kilo de ropa usada que entrase por sus fronteras, aumentándolo de 0,20 dólares a 2,50 dólares el kilo. De esa manera, el comerciante que compre dichas prendas tendrá que subir el precio de sus productos en reventa para poder alcanzar un margen de beneficio, permitiendo a la producción

local de Ruanda competir de manera justa de nuevo, deshaciéndose del yugo de Occidente. Países como Kenia, Ghana o Tanzania han seguido posteriormente el ejemplo de Ruanda.

No obstante, subir los aranceles a productos provenientes de Occidente deja otro gran beneficiado: China. Aunque estas naciones africanas han aumentado la tarifa impositiva a importaciones estadounidenses, no han aplicado medidas similares a las provenientes del gigante asiático, ofreciéndole así una ventaja competitiva frente a Estados Unidos. Desde una perspectiva realista, esto refuerza la idea de que la política internacional es un juego de poder en el que cuando una potencia pierde influencia, otra la gana. Sin embargo, estas luchas de poder tienen como consecuencia la perpetuación de dinámicas de dependencia y paternalismo, donde las decisiones de los países africanos siguen estando condicionadas por los intereses de actores externos. En este escenario, las naciones africanas corren el riesgo de no ser realmente autónomas en sus estrategias de desarrollo, sino de quedar atrapadas en nuevas relaciones de influencia que limitan su capacidad de acción (BBC News Mundo, 2018).

Como resultado de los casos mencionados, queda en evidencia que las dinámicas de dependencia y paternalismo no son fenómenos aislados, sino la consecuencia de estructuras culturales e históricas que han moldeado durante décadas la cooperación al desarrollo en África. Aunque muchas de estas iniciativas nacen de buenas intenciones, en la práctica han limitado la capacidad de ciertas naciones africanas para decidir de manera soberana su futuro económico e industrial. Sus acciones siguen condicionadas por una estructura de poder dominada por las grandes potencias, convirtiéndolas en instrumentos de influencia en el escenario internacional. Si bien algunos países han adoptado medidas para reducir su dependencia de Occidente, esto no garantiza una independencia real, ya que las disputas entre grandes actores siguen determinando su rumbo. Así, más que una simple cuestión de asistencia internacional, la cooperación al desarrollo se ha utilizado como una herramienta de control que moldea la política y la economía del continente. Esta realidad puede interpretarse como una consecuencia lógica del sistema internacional actual, donde el poder sigue siendo el principal factor de decisión. No obstante, reconocerlo es fundamental para comprender mejor la situación humanitaria en África y promover un modelo de cooperación más sostenible, que no perjudique las economías locales. Como plantea el liberalismo, es posible establecer un sistema donde la cooperación no sea un juego de suma cero,

sino una dinámica en la que tanto las grandes potencias como los países receptores puedan beneficiarse de manera equitativa. Una manera de alcanzar dicho objetivo es empoderar a las naciones receptoras, promoviendo modelos de cooperación que reduzcan su dependencia de las grandes potencias. Un ejemplo de ello es la cooperación Sur-Sur, un enfoque basado en la colaboración entre países en desarrollo que comparten experiencias, recursos y conocimientos sin la imposición de condiciones externas. A diferencia de los modelos tradicionales de ayuda, la cooperación Sur-Sur prioriza el intercambio horizontal entre socios con desafíos similares, fomentando un desarrollo más autónomo y adaptado a las realidades locales. Al fortalecer este tipo de alianzas, las naciones africanas pueden mejorar su capacidad de negociación frente a las grandes potencias y establecer una mejor posición para defender sus intereses de manera sostenible (Ayllón Pino, 2009).

4. La mercantilización de la ayuda internacional, causa del paternalismo occidental

A medida que el acceso a la información y la cobertura mediática se expanden exponencialmente, con cámaras presentes en prácticamente cada conflicto que recibe atención global, las iniciativas de ayuda y cooperación han sido cada vez más utilizadas como herramientas de marketing, estrategias dentro de campañas políticas o incluso como cortinas de humo para encubrir escándalos. Este fenómeno ha transformado la cooperación en un instrumento mediático, donde la visibilidad y la narrativa juegan un papel tan importante como el impacto real de la ayuda (Chouliaraki, 2012). Antes de nada, debe quedar claro que esta nueva corriente no es inherentemente dañina ni negativa. Es una consecuencia natural de la globalización que hemos experimentado en las últimas dos décadas. Es natural que, aprovechando la mentalidad históricamente paternalista de Occidente descrita más arriba, los políticos usen iniciativas de ayuda como parte de sus campañas, que empresas lo hagan para mejorar su imagen ante consumidores o que celebridades se aprovechen para ampliar su base de “fans” y crezca su popularidad. La realidad es que no existe, como tal, ningún tipo de acción que sea completamente desinteresada. El verdadero problema surge cuando la iniciativa no genera un impacto real o, peor aún, cuando los únicos beneficiados son quienes la promueven por razones publicitarias o de imagen, mientras que aquellos a quienes se suponía que iba dirigida la ayuda permanecen en la misma situación que antes (Cole, 2012).

Esta mercantilización es más frecuente en el sector privado. Numerosas campañas de ayuda impulsadas por celebridades han sido objeto de críticas por funcionar más como estrategias de *branding* personal que como esfuerzos genuinos para mejorar las condiciones sociales y económicas de las comunidades beneficiarias. Casos como la “participación” de Angelina Jolie en misiones humanitarias de la ONU o las recurrentes lecciones sobre cambio climático dadas por figuras públicas que, paradójicamente, acumulan más vuelos privados en un mes que una persona promedio en toda su vida, reflejan cómo la cooperación puede ser instrumentalizada para reforzar la imagen pública en lugar de generar un impacto real y sostenible (Mitchell, 2016). Es en este aspecto en el que el ejemplo del Live Aid (1985) y Live 8 (2005) fueron también criticados por falta de eficiencia, corrupción y por fomentar la narrativa paternalista protectora que desarrollaba anteriormente. Si bien estas iniciativas lograron recaudar fondos significativos y, en el caso de

Live Aid y Live 8, organizar dos eventos musicales sin precedentes, con el tiempo quedó en evidencia que el impacto real fue limitado. Años después, la situación en las regiones beneficiarias no mejoró como se esperaba, y el destino de gran parte del dinero recaudado sigue siendo incierto. Esta falta de transparencia generó fuertes críticas hacia Bob Geldof, organizador de los eventos, quien fue cuestionado por la dificultad de rastrear el uso de los fondos, entre otras cosas (Biccum, 2007).

El caso del *Live Aid* y *Live 8* es objeto de estudio posterior, pero ha habido más casos, igualmente notorios, de mercantilización de la ayuda internacional. Uno de los más populares en la cultura actual es, sin lugar a duda, la campaña (*RED*) liderada por Bono, cantante de la banda *U2*, que, curiosamente, también fueron cabeza de cartel en los eventos *Live Aid/8* organizado por Bob Geldof. Esta campaña, llevada a cabo en 2006, consistía en canalizar fondos, a través de la ayuda de grandes marcas como Nike, Coca-Cola o Apple, hacia la lucha contra el SIDA. La campaña generó más de 100 millones de dólares en su primer año (sigue en activo), una cifra que resultó ser bastante mayor de la esperada, superando todo tipo de expectativas con respecto al éxito de (*RED*). No obstante, de estos 100 millones, sólo 18 fueron destinados a la lucha contra el SIDA, mientras que el resto fue usado por las marcas para mejorar su imagen, gastándolo en publicidad (Mitchell, 2016). Fue ese trato del dinero recaudado por parte de las marcas que convirtió todas las iniciativas de la campaña (*RED*) en objeto de críticas feroces en la prensa. La campaña es percibida por muchos como un mero instrumento de *branding* personal tanto para Bono como para las marcas participantes, destinando una pequeña parte del dinero a la causa real de la formación de la campaña.

Si bien es cierto que gran parte del capital recaudado no ha sido destinado a lo que se prometió, 18 millones de dólares anuales no pueden ser considerados como una mera “calderilla”. Es importante reconocer que el uso de iniciativas de cooperación y ayuda al desarrollo como herramientas de marketing no es un crimen, y no es más que una consecuencia natural de la globalización, y este trabajo no pretende afirmar que dichas iniciativas deben estar completamente libres de intereses particulares. De hecho, desde un enfoque pragmático, se podría argumentar que esta creciente mercantilización de la ayuda y la importancia de la imagen han logrado canalizar más fondos hacia buenas causas que nunca antes. Sin embargo, el problema radica en que estas

campañas, combinadas con celebridades posando junto a aldeas en Etiopía o periódicos utilizando imágenes desgarradoras como portadas sensacionalistas, terminan reforzando las dinámicas de paternalismo previamente descritas, perpetuando la narrativa de que las poblaciones beneficiarias dependen de la intervención externa para su desarrollo (Cole, 2012).

Es precisamente en esa cuestión donde radica el verdadero efecto negativo de la mercantilización de la ayuda. Cuanto más crezca la visión de que África es un continente lleno de guerras, crisis humanitarias, epidemias o hambruna constante, menos se comprenderá el funcionamiento real de sus sociedades y naciones. Esta mercantilización refuerza precisamente esa visión negativa, transmitiendo la idea de que África no puede salir adelante por sí sola y necesita la ayuda de Occidente y sus “héroes”. Es imprescindible comprender que Occidente nunca ha “salvado” a África, ni lo hará. Principalmente porque África no necesita ser “salvada”. Esta narrativa la retrata como una especie de Europa o Estados Unidos en ruinas, cuando en realidad es otra cultura, otra historia y otro sistema de funcionamiento. En lugar de instrumentalizar sus problemas como una oportunidad más de explotación, se debería aprender a colaborar con África desde el respeto y el entendimiento, dejando de lado la visión reduccionista que la mercantilización de la ayuda ha promovido. Para entender de una manera comprensiva cómo funcionan estas estrategias de mercantilización y el efecto que tienen sobre el continente africano, el estudio de caso de los eventos de *Live Aid* y *Live 8* son un perfecto ejemplo, donde se mezclaron grandes cantidades de dinero, figuras públicas y los medios de comunicación bajo el objetivo de “ayudar a África”.

5. Estudio de caso. *Live Aid* y *Live 8*: iniciativas de cooperación al desarrollo. Efectos y controversias.

5.1. Live Aid 1985: Cuando la música hizo historia — nacimiento, éxito y controversias del primer gran evento solidario.

Antes de analizar los efectos y controversias que generó esta iniciativa, conviene entender que la idea del primer evento y concierto benéfico Live Aid no surgió de manera arbitraria en 1985, sino que fue el resultado de un proceso mediático que comenzó un año antes, en 1984, a raíz de la cobertura de la BBC, a través del periodista Michael Buerk, quien documentó detalladamente la crisis humanitaria que azotaba Etiopía, incluyendo imágenes y reportajes que impactaron y sensibilizaron a gran parte de la población occidental (Franks, 2014).

La crisis humanitaria en Etiopía se prolongó entre 1983 y 1985, constituyendo una de las peores del siglo XX, con consecuencias devastadoras tanto en términos de vidas humanas como de impacto sociopolítico. A pesar de que el acceso a las zonas más afectadas fue limitado, diversas fuentes reportan que la hambruna costó la vida de más de medio millón de personas. Aunque comúnmente se atribuye esta crisis a las intensas y prolongadas sequías, el contexto político del país agravó severamente la situación: el gobierno marxista-leninista de Mengistu Haile Mariam se encontraba inmerso en conflictos armados con el Frente de Liberación Popular de Tigray (TPLF) y el Frente de Liberación de Eritrea (EPLF). Como consecuencia, al menos 8 millones de personas fueron desplazadas de sus hogares, y la tasa de desnutrición infantil aumentó dramáticamente, junto con brotes de enfermedades como cólera, disentería y malaria (Cutler, 1988).

Fue en este momento de crisis humanitaria extrema y repercusión mediática cuando Bob Geldof, artista irlandés miembro de la banda *Boomtown Rats*, y Midge Ure, artista británico, se juntaron bajo el nombre de Band Aid, una banda creada única y exclusivamente a raíz de la crisis etíope. En diciembre de 1984, sacaron el sencillo "Do They Know It's Christmas?", que grabaron y tocaron con artistas invitados como George Michael, Phil Collins, Boy George o Sting. El single fue un éxito nacional absoluto, colocándose en lo más alto de la lista de canciones más escuchadas

en Reino Unido, permaneciendo en ese puesto durante más de dos semanas y recaudando más de 8 millones de libras esterlinas, dedicadas a la lucha contra la hambruna en Etiopía.

Tal fue el éxito de esta canción que se regrabaron versiones en 1989, 2004 y 2014, cambiando la letra dependiendo de la crisis más devastadora de cada momento. Esto último ha llevado consigo duras críticas de la prensa, naturalmente⁴. No obstante, a pesar del éxito innegable de la canción original en 1984, Geldof y Ure no quedaron enteramente satisfechos con el impacto y la magnitud de la iniciativa. Fue entonces cuando surgió la idea de organizar el evento musical más grande hasta la fecha, *Live Aid*, con el aparente objetivo de ayudar y contribuir a paliar la crisis humanitaria en Etiopía. *Live Aid*, en su edición de 1985, consistió en dos conciertos celebrados de manera simultánea en el estadio de Wembley, en Londres, y en el John F. Kennedy, en Filadelfia, Estados Unidos. El macroevento fue televisado en vivo durante toda su duración, con grabaciones simultáneas desde ambos estadios.

Tan grande fue la dimensión de *Live Aid* que, en las imágenes aéreas de los estadios, no se podía observar un solo espacio libre debido a la inmensa cantidad de público presente, tanto dentro como en los alrededores. En total, asistieron 200.000 personas de manera presencial, y, sumando aquellos que siguieron el evento por televisión en más de 30 países, la cifra supera los 1.500 millones de personas que siguieron simultáneamente el festival (Serrano, 2020). Realmente, no era para menos: las bandas y artistas que participaron eran todos ellos iconos de la industria musical, con la excepción de los propios Geldof y Ure, quienes paradójicamente ganaron su mayor popularidad gracias al evento más que a sus carreras musicales anteriores. U2, Queen, Sting, Dire Straits, Bryan Adams, Eric Clapton, Black Sabbath, David Bowie, The Who o Madonna entre otros, formaron parte del cartel, componiendo el *line-up* más plagado de estrellas jamás visto hasta entonces.

⁴ Lisa Ann Richey, miembro del grupo activista *Commodifying Compassion* (CoCo), ha investigado ampliamente cómo las crisis humanitarias se transforman en oportunidades de consumo y posicionamiento público. Desde este enfoque, se sugiere que eventos como el relanzamiento del sencillo “Do They Know It’s Christmas?” responden a una lógica de “consumo humanitario”, en la que tanto el consumidor como el promotor del mensaje dejan de percibir la crisis como un fenómeno humano complejo, y la abordan más bien como un producto que puede reforzar marcas y reputaciones. Esta perspectiva pone en cuestión la autenticidad de ciertas campañas y señala los peligros de mercantilizar el sufrimiento en nombre de la solidaridad (Richey, s.f.).

El objetivo inicial de *Live Aid*, según el propio Bob Geldof, era recaudar en torno a 1 o 2 millones de libras esterlinas. Finalmente, se recaudaron 150 millones, cifra que, sin duda, posicionó al evento como un éxito absoluto en términos mediáticos y populares. Sin embargo, este estudio se centra precisamente en analizar cuál fue el destino real del dinero recaudado y, más allá de eso, cómo eventos masivos como este se vinculan con las narrativas y dinámicas de dependencia, paternalismo y mercantilización previamente mencionadas (Serrano, 2020).

En primer lugar, nos centraremos en la gestión de los fondos recaudados, ya que fue el elemento más criticado de todo el evento y la razón por la cual la popularidad de Bob Geldof y Midge Ure se vio severamente dañada. A pesar de haber superado las expectativas de manera sobresaliente tanto en asistencia como en recaudación, *Live Aid* ya dejó señales de una pobre labor organizativa. Los controles de acceso eran prácticamente inexistentes, al igual que la seguridad del propio evento, hasta el punto de que Bono, líder de U2, tuvo que salvar a una mujer del público de ser aplastada debido a la cantidad de gente congregada. Pues bien, la gestión del dinero recaudado no fue mejor que la del propio concierto.

La revista norteamericana SPIN, especializada en el seguimiento de acontecimientos relevantes dentro de la industria musical, destapó poco después de la conclusión de *Live Aid* la dura verdad sobre el destino de la mayor parte de los fondos recaudados, en un artículo titulado *Live Aid: The Terrible Truth*. El artículo, publicado originalmente en 1986 y republicado en 2015, deja al descubierto la visión reduccionista y simplista con la que se gestionó el envío del dinero a Etiopía, ignorando por completo el contexto político y social del país en ese momento. Como se ha mencionado anteriormente, Etiopía estaba sometida a un régimen pseudo-dictatorial, liderado por Mengistu Haile Mariam, cuyo gobierno fue el principal beneficiario y receptor de los fondos recaudados en *Live Aid*.

El seguimiento del dinero llevado a cabo por el equipo de SPIN concluyó que estos fondos fueron utilizados por Mengistu para financiar su ejército, inmerso en una guerra civil contra los grupos insurgentes del TPLF (Frente de Liberación del Pueblo de Tigray), que también contaron con el apoyo del EPLF, el Frente de Liberación de Eritrea. Tras 1985, Etiopía se convirtió en uno

de los países más pobres del mundo en aquel momento, pero con el ejército mejor armado de África. Gran parte del dinero fue destinado a la compra de armas a la Unión Soviética, aliado estratégico del régimen, que fueron empleadas posteriormente en campañas de represión, genocidio y limpieza étnica (Serrano, 2020).

Mientras esto ocurría, Bob Geldof y Mengistu, en un evento de "agradecimiento" por el éxito de *Live Aid*, fueron grabados abrazándose y riéndose ante las cámaras. Tras estas imágenes, Médicos Sin Fronteras (MSF) advirtió a Geldof de que no entregara el dinero directamente al gobierno etíope, pues existían pruebas contundentes de las atrocidades que estaba cometiendo. A pesar de ello, Geldof respondió que “haría un pacto con el diablo si eso significa que llegaremos a la gente que realmente lo necesita”, una afirmación más que controvertida (Breskin, 1985).

El escándalo no cesó ahí. De acuerdo con el informe de SPIN Staff (2015), gran parte de la ayuda humanitaria quedó incautada en los puertos de entrada, donde el gobierno no permitía su distribución a menos que fuera controlada por el propio régimen. Además, camiones adquiridos por Band Aid, la primera banda fundada por Geldof y Ure, fueron utilizados para deportaciones forzadas en condiciones inhumanas, que provocaron la muerte de cientos de personas durante los desplazamientos (Spin Staff, 2015).

En definitiva, la investigación de SPIN desveló que la ayuda del *Live Aid* terminó ayudando a financiar indirectamente las campañas de guerrillas y genocidios del gobierno etíope, agravando la crisis humanitaria en lugar de aliviarla. El artículo denuncia rotundamente el enfoque despolitizado y simplista de un conflicto tan serio, centrado únicamente en “recaudar y enviar”, sin estudiar el contexto del país previamente, lo cual permitió que la dictadura manipulara la ayuda para fortalecer su control sobre la población.

Además del desinterés y la negligencia, la propia naturaleza de la iniciativa complicó la gestión y el monitoreo de los fondos. Siguiendo la clasificación de los distintos tipos de iniciativas previamente analizadas en este trabajo, se observa que *Live Aid*, tanto en su edición de 1985 como en su posterior versión, *Live 8* (que se analizará más abajo), representó una

amalgama entre una iniciativa pública y privada. El evento fue organizado por actores privados, y el dinero recaudado provino, en su mayoría, de fuentes privadas, incluyendo ventas de entradas, *merchandising* y derechos televisivos, estos últimos gestionados tanto por entidades públicas como privadas. No obstante, la canalización de los fondos fue llevada a cabo mayoritariamente por Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) y, en última instancia, por el gobierno de Etiopía como entidad pública. El dinero pasó por múltiples actores, incluyendo organismos privados, públicos y mixtos, lo que dificultó enormemente su seguimiento y generó una nube de incertidumbre sobre el verdadero destino de las recaudaciones. Esto fue señalado específicamente por la investigación de SPIN, y se alinea con lo que autores como Moyo (2009) han denunciado en otros casos de cooperación internacional, donde también se involucran múltiples actores y se pierde transparencia en el proceso.

La pobre gestión de los fondos recaudados durante Live Aid permite extraer varias conclusiones. En primer lugar, las consecuencias materiales de la iniciativa evidencian las debilidades estructurales de la cooperación al desarrollo desde un enfoque liberal. Si se analiza Live Aid desde esta perspectiva, podría considerarse un intento de promover la cooperación internacional a través de actores no estatales (artistas, ONGs, sociedad civil, discográficas...), reforzando la idea de que una cooperación internacional efectiva no debe depender exclusivamente de los estados, sino incorporar una variedad de actores. No obstante, el desenlace de esta iniciativa pone de manifiesto los límites de este modelo cuando carece de mecanismos de supervisión y regulación sólidos. La falta de instituciones fuertes para gestionar los fondos y la ausencia de controles efectivos sobre su distribución terminaron por convertir un evento de gran impacto mediático en un caso fallido de ayuda humanitaria mal gestionada.

Esto no implica que iniciativas de este tipo sean inviables, sino que su éxito depende de un análisis profundo del contexto institucional del país receptor y de la implementación de sistemas de monitoreo adecuados. Es imprescindible evitar que la urgencia mediática y la presión por ofrecer resultados inmediatos deriven en una gestión precipitada y opaca de los fondos recaudados. El plan debe ser claro, y el dinero debe ser monitorizado durante todo el proceso. Como insinúa Shivji (2007), de manera general en este tipo de iniciativas, la estrategia de "recaudar y soltar", sin

evaluar adecuadamente las condiciones en el terreno, demostró ser ineficaz, dejando a los verdaderos necesitados sin acceso a los recursos que se suponía debían recibir.

En contraste, si se analiza desde una perspectiva realista podemos ver que, al fin y al cabo, la entidad más poderosa (el gobierno dictatorial de aquel entonces en Etiopía), fue quien se aprovechó de la iniciativa en última instancia. A pesar de que la iniciativa fuese supuestamente desinteresada (hay rumores, aunque no probados, de que Bob Geldof se quedó con parte del dinero que dijo que donaría), la realidad es que los fondos acabaron en manos de Mengistu Mariam, que lo aprovechó para gastarlo en armamento y suministro militar, alineándose de manera más fuerte con el bloque soviético durante la época de la Guerra Fría, donde simpatizar con un bando era necesario para la supervivencia geopolítica.

El argumento realista se construye fácilmente: en un sistema internacional donde carecen las instituciones reguladoras y no hay un poder de ley absoluto, el estado (en este caso Mengistu Mariam) actuará velando por sus propios intereses (Arabi, 2015), convirtiendo cualquier tipo de iniciativa de cooperación al desarrollo en una herramienta más para conseguir mejorar la posición del estado en el escenario global.

Sin embargo, quizás el enfoque más útil para este caso sea el constructivista. Si se analiza desde el constructivismo, *Live Aid* no sólo fue un evento benéfico, sino también un poderoso instrumento de construcción y refortalecimiento de narrativas sobre la cooperación al desarrollo en África y el rol de Occidente. Cabe recordar que el constructivismo sostiene que las relaciones internacionales no sólo se basan en relaciones de poder o institucionales, sino también en discursos y narrativas o construcciones sociales que calan profundamente en la cultura y sociedad de una región o estado. *Live Aid* reforzó la visión simplificadora del continente africano como un espacio de sufrimiento, sin agencia propia y dependiente de los “héroes” de Occidente, como los únicos capaces de aportar soluciones que, además, quedó demostrado que no se aportaron (Biccum, 2007).

Esto se alinea con el sensacionalismo y la mercantilización que hay detrás de muchas iniciativas de ayuda derivadas de crisis humanitarias. El propio evento de Bob Geldof y Midge Ure surgió a raíz de un artículo desgarrador y gráfico de la BBC, pintando Etiopía como el infierno

en la Tierra. *Live Aid* se aprovechó de esas imágenes, que se quedaron grabadas en las cabezas de la gente, concienciándoles, al menos, durante unos instantes. Paradójicamente, el escándalo que se creó cuando los medios denunciaron el evento de haber financiado la guerra en Etiopía fue de mucha menor escala. La representación de África según el *Live Aid* sigue el patrón descrito por Mutua (2001) de la tríada de los “salvajes, víctimas y salvadores” donde África siempre asume el papel de víctima y Occidente el de salvador, perpetuando la idea de que las soluciones siempre deben venir desde el Norte Global (Biccum, 2007).

La propia naturaleza y desarrollo del evento se puede relacionar con la mercantilización y “espectacularización” de la tragedia humanitaria que previamente se analizaba en este trabajo, convirtiendo una crisis en una oportunidad de consumo, donde el consumidor en cuestión accede a comprar el producto (en este caso, las entradas) con el objetivo, también, de sentirse moralmente realizado. Esto último es importante no malinterpretarlo. No hay nada reprochable, a priori, ni al consumidor ni al vendedor. Como se ha insinuado anteriormente, aquel que tiene los medios y el dinero para aprovecharse de una crisis financiando campañas y vendiendo más producto, al final está donando dinero igualmente. Las críticas que se realizan desde ciertos sectores, tanto en redes sociales como en medios tradicionales, a menudo están mal enfocadas. En muchos casos, se acusa a las celebridades de donar únicamente una parte de lo recaudado, insinuando que se han quedado con el resto. Un ejemplo frecuente ya mencionado es el de Bono y la campaña (RED), en la que se le criticó por haber donado 20 millones de dólares de una campaña que generó más de 100 (Mitchell, 2016). Sin embargo, la realidad es que se donaron 20 millones, y si bien es cierto que la iniciativa generó beneficios personales y visibilidad para quienes la lideraron, la aportación económica fue significativa. El enfoque de la crítica, especialmente con respecto a *Live Aid*, debería ser más analítico, y enfocarse, más que en el aprovechamiento de una crisis, en la gestión de las recaudaciones. La crítica cobra validez cuando es patente que los organizadores, como Bob Geldof, ignorando peticiones de MSF y abrazándose y bromeando con Mengitsu Mariam, saben que el dinero que ha aportado no está sirviendo para más que para empobrecer la situación de la sociedad civil del país receptor. Es ahí donde reside el verdadero problema.

5.2. *Live 8 (2005): Diferentes objetivos, mismos errores*

Live 8 fue el segundo intento de Geldof de organizar un marco-evento musical de alcance mundial, celebrado el 2 de julio de 2005 en numerosas ciudades al mismo tiempo. La metodología y ejecución del evento fue muy similar a la de 1985: conciertos simultáneos en distintas partes del mundo, más de 30 millones de espectadores... Pero los objetivos y las motivaciones de este *revival* fueron muy distintos. Live 8 fue un evento de naturaleza exclusivamente política, no benéfica. A diferencia de Live Aid, no se recaudó dinero en absoluto durante la totalidad del evento. La motivación de Geldof en este caso fue presionar a los grandes líderes mundiales del G8 antes de que se reuniesen en Escocia cuatro días más tarde, el 6 de julio de 2005, para forzarles a aumentar el presupuesto destinado mundialmente a la lucha contra la pobreza en África. En términos generales, la presión surtió efecto en el G8, ya que se aumentó el presupuesto destinado a la ayuda internacional, y específicamente a África, de 25 mil millones de dólares a 50 (Washington Times, 2005).

A pesar de que en esta ocasión no hubo controversia relacionada con el dinero o la financiación de guerrillas en zonas de conflicto, la crítica contra *Live 8* se centró en la narrativa que este evento volvía a propagar: la de un Occidente moralmente “superior”. El problema empezó desde el planteamiento mismo del evento, ya que la representación africana en el cartel fue prácticamente inexistente. Solo un artista africano con proyección internacional, el senegalés Youssou N'Dour, formó parte del espectáculo. David Stubbs (2005), editor de la popular revista musical “The Wire”, criticó por medio de BBC News este hecho por reforzar una imagen de “salvadores” y “salvados”, tachando de inaceptable que no se incluyera una mayor participación de artistas africanos. Los organizadores se defendieron afirmando que varios de los músicos participantes eran de ascendencia africana, lo cual solo avivó la polémica: se consideró una respuesta superficial y vacía, ya que ninguno de ellos había vivido jamás en África (Stubbs, 2005). Esta crítica refleja un paralelismo evidente con lo que se comentaba anteriormente sobre la cooperación al desarrollo: este tipo de cooperación difícilmente será efectiva si no incluye a las partes receptoras en el proceso de toma de decisiones. Al igual que en el escenario político

internacional, África quedó al margen de las decisiones y de la representación en una iniciativa diseñada, en teoría, para su beneficio. Como respuesta a las críticas constantes sobre la falta de representación africana, los organizadores impulsaron un concierto en Johannesburgo y otro en Cornwall con un cartel compuesto exclusivamente por artistas africanos. Fue su forma —bastante tardía— de reconocer el error.

Andy Kershaw, co-presentador de Live Aid en 1985, cargó duramente contra Geldof tras el escándalo del cartel en un artículo para *The Independent* titulado *The Myth of Saint Bob* (2005). Kershaw llegó a comparar el concierto de Cornwall, llamado “Africa Calling” y que formaba parte de Live 8, con el apartheid sudafricano, señalando que todos los artistas africanos fueron colocados en un solo escenario, más pequeño y aislado, en lugar de estar repartidos entre los escenarios internacionales como sus compañeros europeos o estadounidenses (Kershaw, 2005). La crítica de Kershaw probablemente sea desproporcionada, ya que cuesta creer que Geldof cometiera esos errores desde una posición abiertamente racista. Sin embargo, sí puede interpretarse como el resultado lógico de alguien que ha interiorizado por completo su propio discurso de “salvador”. Hasta que alguien se lo señala, ya sea con dureza o con más tacto, no parece darse cuenta de lo evidente.

Con respecto al objetivo principal de *Live 8*, a pesar de que se aumentase el presupuesto destinado a la ayuda internacional hacia África, los resultados posteriores demostraron una realidad muy distinta. Gracias al informe de Anup Shah (2006) para la organización *Global Issues* sobre los resultados reales de la cumbre del G8 en 2005, pudimos descubrir que el 80% del aumento anunciado no se tradujo realmente en fondos adicionales, sino en liberación puntual de deuda. Esto, en principio, puede parecer un avance significativo, pero en realidad no consistió en “dinero nuevo” para el desarrollo, sino simplemente en cancelación de deuda ya existente. Además, dicha cancelación fue posteriormente modificada por el Banco Mundial para cubrir únicamente hasta el año 2003, y no hasta 2004 como se había acordado inicialmente. Aunque este cambio puede parecer menor, significó una diferencia de más de 5.000 millones de dólares para las naciones más pobres de África. Por si fuera poco, varias de las naciones más endeudadas de ese momento quedaron completamente excluidas del acuerdo, demostrando una vez más la falta

de horizontalidad en la negociación internacional, donde los líderes tomaron decisiones sin consultar a aquellos países que más necesitaban la ayuda (Shah, 2006).

El análisis en relación con las teorías de las relaciones internacionales, así como su efecto posterior sobre las dinámicas de paternalismo y dependencia, es similar al ya realizado para *Live Aid*. Aunque el enfoque de Live 8 fue distinto —centrado en la presión política y no en la recaudación de fondos—, el resultado final volvió a dejar fuera a los verdaderos protagonistas. El evento reforzó una narrativa centrada en Occidente, en la que África fue nuevamente representada como objeto pasivo de intervención. A pesar del aumento en los compromisos presupuestarios anunciados por el G8, su implementación posterior reflejó una falta de voluntad real para transformar las estructuras de fondo. La exclusión de artistas africanos en la programación, la toma de decisiones sin representación local, y la posterior reinterpretación de los acuerdos financieros, evidencian que, una vez más, las dinámicas simbólicas superaron a los avances estructurales.

6. Conclusiones

La cooperación occidental al desarrollo hacia África, pese a haber sido impulsada en muchos casos con buenas intenciones, ha estado marcada por contradicciones, intereses estratégicos y una narrativa que, con demasiada frecuencia, ha reforzado dinámicas de dependencia. A lo largo del trabajo se ha analizado cómo, a pesar de que algunas iniciativas han tenido efectos positivos, muchas otras han terminado generando un impacto más simbólico o mediático que real, sin transformar de manera sostenible las condiciones de vida de las poblaciones destinatarias.

Desde el enfoque de las relaciones internacionales, las teorías del realismo, liberalismo y constructivismo han ofrecido distintas formas de interpretar esta realidad. El realismo pone el foco en los intereses de poder, el liberalismo en el rol de las instituciones y la interdependencia, y el constructivismo en las narrativas que terminan moldeando las propias políticas. Los tres enfoques, con sus limitaciones, permiten entender mejor por qué muchas de estas iniciativas terminan fallando o generando efectos contrarios a los deseados. El reto principal no es sólo repensar el modelo de ayuda, sino también cuestionar el discurso que lo sostiene. Para que la cooperación internacional sea verdaderamente efectiva, es necesario abandonar esa lógica vertical donde unos ayudan y otros reciben, y avanzar hacia un modelo horizontal, más justo, en el que África tenga un rol activo y autónomo en su propio desarrollo, apoyada por un entramado institucional regulador eficiente. Solo así se podrá construir una cooperación más equilibrada, que no se base en la imagen, sino en el impacto; no en la caridad, sino en el desarrollo. Sin embargo, nada de lo anterior es útil si no cambiamos también la forma en la que pensamos y hablamos sobre África. Los cimientos de todas estas iniciativas deben estar basadas en el respeto mutuo.

Es importante señalar que el liberalismo, en este caso, puede entenderse como una teoría transversal que ofrece herramientas útiles —como las instituciones internacionales— para fomentar la cooperación al desarrollo, independientemente del enfoque teórico desde el que se parta. En ese sentido, puede convivir y complementarse fácilmente con el realismo y el constructivismo, aportando una dimensión práctica que facilita el entendimiento y la acción en el

sistema internacional. Es decir, los dos marcos conceptuales del constructivismo y del realismo, para el caso específico de la cooperación internacional al desarrollo, explican mejor los resultados y objetivos de las mencionadas iniciativas de ayuda. Los autores más críticos con el discurso democrático y la ayuda a África, como Moyo (2009), señalan que muchas de estas iniciativas no son más que una forma de expansión de la influencia de quienes ostentan el poder. En otras palabras, una lectura plenamente realista desde la teoría: los países más poderosos, al involucrarse mediante programas de ayuda, misiones humanitarias o políticas de desarrollo, acaban estableciendo una especie de 'base' en el país receptor, desde la cual pueden defender y proyectar mejor sus propios intereses (Abrahamsen, 2016). Si se sigue tirando del hilo, se puede deducir que aquellos países situados en regiones geopolíticamente irrelevantes terminan quedando completamente al margen, sin capacidad de negociación ni participación en el diseño de iniciativas, precisamente porque no representan ningún interés estratégico para Occidente.

No obstante, el constructivismo ofrece otra vía para entender por qué ciertos países quedan sistemáticamente excluidos de las grandes narrativas de ayuda al desarrollo: la cultura. Si bien muchos países africanos que han sido objeto de numerosas iniciativas de cooperación también presentan diferencias culturales significativas con respecto a Occidente, lo cierto es que existe una mayor alineación con la narrativa paternalista que Occidente proyecta sobre África. En cambio, otros países, aunque no africanos, como Irak, Irán, Afganistán o Líbano, a pesar de enfrentar altos niveles de pobreza o necesidad estructural de desarrollo, rara vez aparecen en estos discursos de ayuda humanitaria al estilo *Live Aid*. Se puede argumentar que estos países, por su identidad cultural y religiosa (principalmente musulmana), no encajan en el imaginario occidental de víctimas pasivas necesitadas de salvación, y, por tanto, no generan la misma respuesta emocional ni mediática. Esto se debe precisamente a una de las principales bisagras del pensamiento constructivista: la creación de una narrativa y/o ideología común. En Occidente, especialmente desde los terroríficos atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, se ha construido una narrativa de animosidad hacia Oriente Medio, que penetra tanto en las élites políticas como en la población civil. Para sorpresa de nadie, Oriente Medio está, casi en totalidad, alineado con Rusia, antítesis histórica del antiguo bloque capitalista, y el actual Occidente. Como señala Chouliaraki (2012), el espectáculo del sufrimiento está diseñado para conectar con el espectador, no con la víctima. En este caso, si el espectador occidental no se ve reflejado ni conectado culturalmente, la

narrativa simplemente no cala. Así, el discurso de la ayuda no solo excluye por falta de interés geopolítico, sino también por no encajar en la construcción simbólica del “otro” vulnerable que Occidente está dispuesto a “salvar” (Moyo, 2009; Abrahamsen, 2016).

Eventos como *Live Aid* y *Live 8* nos hacen, a veces, perder de vista el foco. La música es, probablemente, una de las cosas más potentes y bonitas que existen. Es un lenguaje universal que une, que emociona, y que puede llegar donde una persona probablemente no pueda. En ese sentido, Geldof seguramente entendió ese poder y quiso usarlo para algo positivo. Pero entre la emoción, la magnitud del evento y la atención mediática, tanto los organizadores como el público acabaron más pendientes del espectáculo que del objetivo real. Años después, con algo de perspectiva, es cuando nos damos cuenta de que, al menos en estos casos, se hizo más daño que bien. Se recaudaron millones, sí, pero también se alimentaron narrativas simplistas, se reforzaron gobiernos autoritarios y se olvidó que, en teoría, todo esto iba dirigido a mejorar la vida de quienes más lo necesitaban. Sin embargo, nos hemos quedado con las consecuencias negativas de estas iniciativas: dinámicas de dependencia, narrativas paternalistas y perpetuación de la “historia única” de Adichie (2009), pero sin ninguno de los beneficios que un evento de tal tamaño pudo haber tenido en los estados receptores. Chouliraki (2012), en esta línea, insinúa que eventos de estas características transforman la ayuda en un simple producto consumible emocionalmente, enfocado en el espectador más que en la víctima, y es exactamente lo que sucedió con ambos eventos. El público sigue comprando el discurso una y otra vez, y las crisis humanitarias siguen siendo utilizadas como plataforma de imagen, mientras que los países africanos, que son el origen y la razón de estas campañas, terminan siendo casi irrelevantes en su propia historia. África se convierte en el escenario, pero no en el protagonista. Y eso, en un contexto de cooperación internacional al desarrollo, es un error que no deberíamos seguir repitiendo.

Por último, en ningún caso este trabajo pretende demonizar a quienes, desde posiciones de poder o alto nivel adquisitivo han intentado ayudar o intervenir en África. Es lógico —y hasta esperable— que quienes tienen influencia busquen también obtener rédito simbólico o político con sus acciones. Por ejemplo, en el caso de Bono y su campaña (RED), criticar que alguien “solo” ha donado 20 millones de dólares de los 100 que ha recaudado resulta, en muchos casos, más hipócrita que constructivo. Más allá de eso, hay una realidad que no se puede obviar: el mundo funciona en

torno al dinero, la influencia y las jerarquías de poder. Es decir, bajo un sistema, en términos generales, capitalista. Ignorar lo que este sistema implica a la hora de tratar de mejorar las iniciativas de cooperación al desarrollo es hacerlo de una manera ingenua. Otros sistemas —como el comunismo en la Unión Soviética, Cuba o Venezuela— han demostrado no ser una alternativa más justa o eficaz, sino, en muchos casos, más autoritaria e ineficiente. Por tanto, si asumimos que este es el sistema que tenemos, el objetivo no debe ser apartarlo del plano, sino analizarlo con honestidad y trabajar a partir de la situación actual. Y en ese análisis, la cooperación internacional al desarrollo ha puesto en evidencia muchos de los fallos estructurales del modelo actual: discursos paternalistas, dinámicas de dependencia y escasa eficacia transformadora. Por eso, el futuro no debe construirse con ayudas “a” África, sino con ayudas “junto a” África. Solo así se puede aspirar a un modelo más justo, más horizontal y, sobre todo, más realista con el mundo en el que vivimos.

7. Bibliografía

Abrahamsen, R. (2016). *Discourses of Democracy, Practices of Autocracy*. London: Zed Books.

Adichie, C.N. (2009). *The Danger of a Single Story*. TEDGlobal. Recuperado de: <https://youtu.be/D9Ihs241zeg?feature=shared>

Ajayi, S. I. (2006) *FDI and Economic Development in Africa*. Recuperado de: <https://citeseerx.ist.psu.edu/document?repid=rep1&type=pdf&doi=3403b7fa68ae22535197d6cd517903084a48a30b>

Almonacid-Almarza, D. (2023) 'Principio de eficacia e imperio de la ley. Observaciones en torno a su relación'. Recuperado de: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-02182023000100001&script=sci_arttext

Arabi, H. (2015). *La cooperación internacional al desarrollo en África: Una nueva forma de neo-colonialismo*. Universidad de Navarra. Recuperado de <https://dadun.unav.edu/server/api/core/bitstreams/c012b4d6-e776-40f0-ab56-ec593f5933c4/content>.

Ariso Segura, A. (2021) *El colonialismo europeo en África*. Trabajo de fin de grado. Universidad de Zaragoza. Recuperado de: <https://zaguan.unizar.es/record/107998/files/TAZ-TFG-2021-3761.pdf>

Ayllón Pino, B. (2009). *Cooperación Sur-Sur: Innovación y transformación en la cooperación internacional*. Fundación Carolina. Recuperado de https://www.dialogosconsonantes.org/doc_reflexion/coop_sur_sur09.pdf

BBC News Mundo. (2018). *Ruanda, el país africano que se enfrenta a Estados Unidos porque no quiere su ropa usada*. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-44296496>

Biccum, A. (2007). *Marketing Development: Live Aid and the Production of the Global Citizen. Development and Change*.

Bjorvatn, K., Kind, H. J. and Nordås, H. K. (2001) *The role of FDI in economic development*. Discussion Paper 31/2001. SNF/NHH. Recuperado de: <https://openaccess.nhh.no/nhh-xmlui/bitstream/handle/11250/162948/dp2001-31.pdf?sequence=1>

Breskin, D. (1985). *Bob Geldof: Interview*. David Breskin. Recuperado de <https://davidbreskin.com/magazines/1-interviews/bob-geldof/>

Brooks, A. (2015). *Clothing Poverty: The Hidden World of Fast Fashion and Second-Hand Clothes*. Zed Books.

Chouliaraki, L. (2012) *The Spectatorship of Suffering*. London: SAGE Publications. Recuperado de: <https://doi.org/10.4135/9781446220658>

Cole, T. (2012) 'The White-Savior Industrial Complex'. *The Atlantic*. Recuperado de: <https://bpb-us-e1.wpmucdn.com/sites.dartmouth.edu/dist/e/397/files/2014/11/Cole-2012-White-Savior-Industrial-Complex.pdf>

Cutler, P. V. (1988). *The development of the 1983–85 famine in northern Ethiopia* (Doctoral thesis, University of London). Recuperado de: <https://researchonline.lshtm.ac.uk/id/eprint/682234/1/405365.pdf>

Easterly, W. and Pfutze, T. (2008) 'Where Does the Money Go? Best and Worst Practices in Foreign Aid', *Journal of Economic Perspectives*, 22(2), pp. 29–52. Recuperado de: <https://www.aeaweb.org/articles?id=10.1257/jep.22.2.29>

Finnemore, M. & Sikkink, K. (1998). International Norm Dynamics and Political Change. *International Organization*, 52(4), pp. 887-917. Recuperado de <https://library.fes.de/libalt/journals/swetsfulltext/5333873.pdf>

Focus 2030 (s.f.) *Comprender la Ayuda Oficial para el Desarrollo*. Recuperado de: <https://focus2030.org/Comprender-la-Ayuda-Oficial-para-el-Desarrollo>

Frank, A.G. 1967, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México.

Franks, S. (2014). Reporting famine; changing nothing. *British Journalism Review*, 25(1), 17–23. <https://openaccess.city.ac.uk/id/eprint/12166/2/BJR%20Famine%20Franks.pdf>

Freedom House (2024). *Equatorial Guinea*. Recuperado de: <https://freedomhouse.org/country/equatorial-guinea>

GAVI. (2020). *20 Years of Immunisation: Saving Lives and Protecting Futures*. GAVI, the Vaccine Alliance.

Harvey, D. (2004). El “nuevo” imperialismo: Acumulación por desposesión. *Socialist Register*, 2004, 63-124. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>

Hobbes, T. (1651). *Leviatán*. Insumisos. Recuperado de <https://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Leviatan%20-%20Tomas%20Hobbes.pdf>

Human Rights Watch (2009) *Well Oiled: Oil and Human Rights in Equatorial Guinea*. Recuperado de: <https://www.hrw.org/reports/bhr0709spweb.pdf>

IKEA Foundation. (s.f.). *Documents Archive*. Recuperado de <https://ikeafoundation.org/documents/>

Jingu, J. (2017) 'Resource Misery and the Politics of Resource Governance in the Petrostates of Africa'. *Journal of Law, Society and Development*, 4(1). Recuperado de <https://doi.org/10.25159/2520-9515/1094>

Kant, I. (1999). *La paz perpetua* (F. Rivera Pastor, Trad.). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-paz-perpetua--0/html/>

Kenya Institute for Public Policy Research and Analysis (KIPPRA). (2020). *Assessing the cotton, textile and apparel sector employment potential in Kenya*. KIPPRA. Recuperado de <https://kippra.or.ke/wp-content/uploads/2021/02/Assessing-the-Cotton-Textile-and-Apparel-Sector-Employment-Potential-in-Kenya.pdf>

Keohane, R. (1984). *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton University Press.

Keohane, R. O., & Nye, J. S. (1973). *Power and interdependence*. Little, Brown. Recuperado de <https://pages.ucsd.edu/~bslantchev/courses/ps240/05%20Cooperation%20with%20States%20as%20Unitary%20Actors/Keohane%20&%20Nye%20-%20Power%20and%20interdependence%20%5BCh%201-3%5D.pdf>

Kershaw, A. (2005). *The Myth of Saint Bob: Saviour of Africa*. The Independent. Recuperado de <https://www.independent.co.uk/voices/commentators/andy-kershaw-the-myth-of-saint-bob-saviour-of-africa-226087.html>

Korab-Karpowicz, W. J. (2010). *Political realism in international relations*. The Stanford Encyclopedia of Philosophy. Recuperado de <https://philpapers.org/archive/KORPRI-4.pdf>

Maquiavelo, N. (1532). *El Príncipe*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-principe--1/html/0005364a-82b2-11df-acc7-002185ce6064.html>

Mayer, W. y Mourmouras, A. (2005) 'La condicionalidad del FMI: Un enfoque basado en la teoría de la política con grupos de interés'. *ICE, Revista de Economía*. Recuperado de <https://revistasice.com>

Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación de España (2024) *Plan director de la Cooperación Española 2024-2027*. Recuperado de: https://www.exteriores.gob.es/es/PoliticaExterior/Documents/Cooperación%20para%20el%20desarrollo/Plan%20Director%20de%20la%20Cooperación%20Española_FINAL.pdf

Mitchell, K. (2016) 'Celebrity humanitarianism, transnational emotion and the rise of neoliberal citizenship'. *Global Networks*. Recuperado de <https://geography.washington.edu/sites/geography/files/documents/research/globalnetworks.pdf>

Morgenthau, H.J. (1948). *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*. New York: Alfred A. Knopf.

Moyo, D. (2009) *Dead Aid: Why Aid Is Not Working and How There Is a Better Way for Africa*.

Mutua, M. (2001). *Savages, Victims, and Saviors: The Metaphor of Human Rights*. *Harvard International Law Journal*.

NEPAD. (2001). *The New Partnership for Africa's Development (NEPAD)*.

Richey, L. A. (s.f.). *Commodifying Compassion (CoCo)*. Recuperado de <https://www.commodifyingcompassion.com>

Serrano, N. (2020). *¿Qué pasó con el dinero de Live Aid 1985?* ABC. https://www.abc.es/cultura/musica/abci-paso-dinero-live-1985-202007131520_noticia.html

Shah, A. (2006, 1 de julio). *G8 Summit 2005—One Year On*. Global Issues. Recuperado de <https://www.globalissues.org/article/603/g8-summit-2005-one-year-on>

Shivji, I.G. (2007). *Silences in NGO Discourse: The Role and Future of NGOs in Africa*. Fahamu Books.

Slaughter, A.-M. (2004). *A new world order*. Princeton University Press. Recuperado de <https://cdn.preterhuman.net/texts/politics/Slaughter%20A.-M.%20-%20A%20New%20World%20Order.pdf>

Sogge, D. (2002). *Give and Take: What's the Matter with Foreign Aid*. London: Zed Books.

Spin Staff. (2015). *Live Aid: The terrible truth*. SPIN. <https://www.spin.com/2015/07/live-aid-the-terrible-truth-ethiopia-bob-geldof-feature/>

Stiglitz, J. E. (2017). *Overselling globalization*. Roosevelt Institute. Recuperado de <https://rooseveltinstitute.org/wp-content/uploads/2020/07/RI-Overselling-Globalization-201708.pdf>.

Stubbs, D. (2005). *Why I won't be watching Live 8*. BBC News. <http://news.bbc.co.uk/1/hi/entertainment/4637801.stm>

Toro Nader, M. (2023) 'La cuestión de África', *Ethic*, 4 septiembre. Recuperado de: <https://ethic.es/2023/09/la-cuestion-de-africa/>

Totman, C. (1993). *Early Modern Japan*. Berkeley: University of California Press.

UNIR. (s.f.). *¿Qué es la ayuda oficial al desarrollo y cuál es su objetivo?* UNIR Revista. Recuperado de <https://www.unir.net/revista/ciencias-sociales/ayuda-oficial-al-desarrollo/>

United Nations. (1945). *Carta de las Naciones Unidas, Capítulo V: El Consejo de Seguridad (Artículos 23-32) | Naciones Unidas*. <https://www.un.org/es/about-us/un-charter/chapter-5>

Verheye, W. (2000). *Food production and food crisis in Africa: Causes and potential solutions*. Fondo Monetario Internacional. Recuperado de <https://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/spa/2000/12/pdf/verheye.pdf>.

Waltz, K. N. (1979). *Theory of international politics*. Addison-Wesley. Recuperado de [http://slantchev.ucsd.edu/courses/ps240/03%20Anarchy,%20Hierarchy,%20and%20Sovereignty/Waltz%20-%20Theory%20of%20International%20Politics%20\(Ch%205-8\).pdf](http://slantchev.ucsd.edu/courses/ps240/03%20Anarchy,%20Hierarchy,%20and%20Sovereignty/Waltz%20-%20Theory%20of%20International%20Politics%20(Ch%205-8).pdf)

Washington Times. (2005). *Reality ruins 'Live 8' boasts*. The Washington Times. Recuperado de <https://m.washingtontimes.com/news/2005/jul/05/20050705-110500-1044r/>

Wendt, A. (1992). *La anarquía es lo que los estados hacen de ella: La construcción social de la política de poder*. Revista Académica de Relaciones Internacionales, (1). GERI – UAM.

World Bank. (2001). *The World Bank Annual Report 2001*. Washington, DC: World Bank.

Yates, D. A. (2017) 'Dynastic rule in Equatorial Guinea', *African Journal of Political Science and International Relations*, 11(8), pp. 206-216. Recuperado de: <https://academicjournals.org/journal/AJPSIR/article-full-text-pdf/0157F9467035>